

UNIV. OF ARIZONA

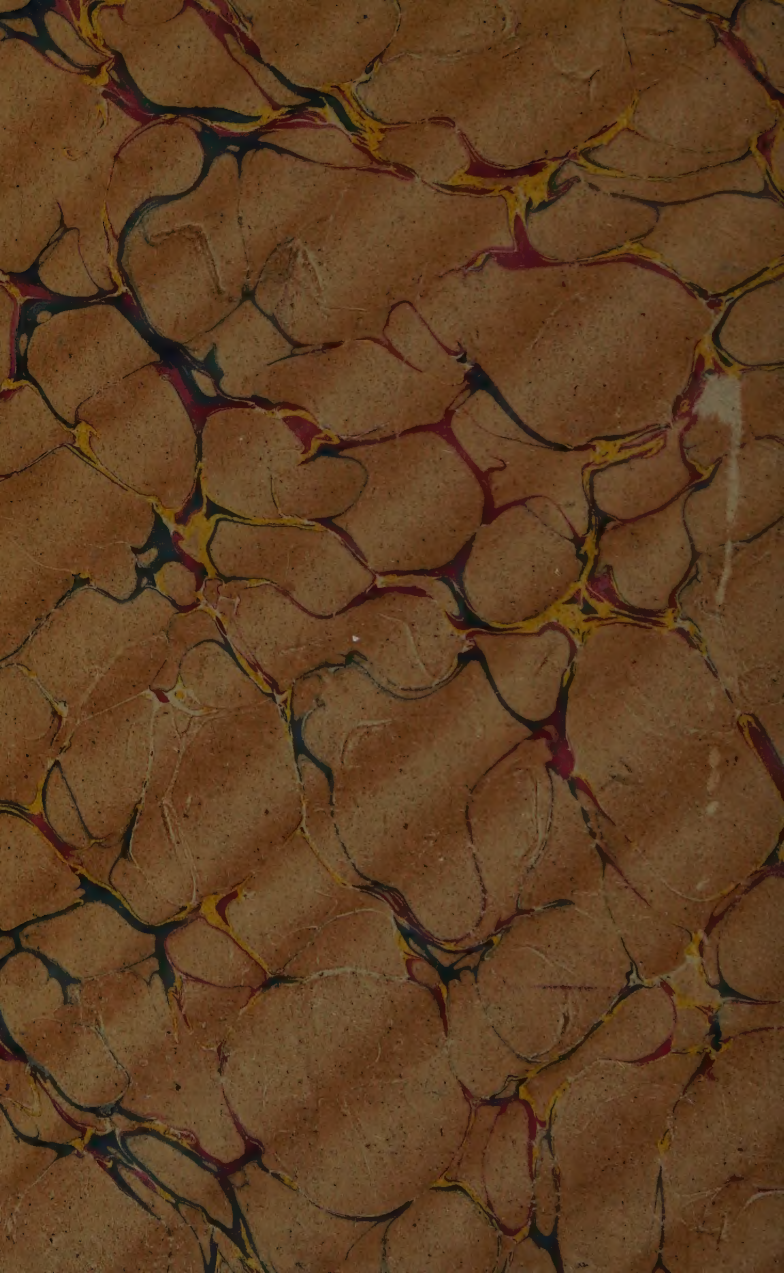
862.59 M37m

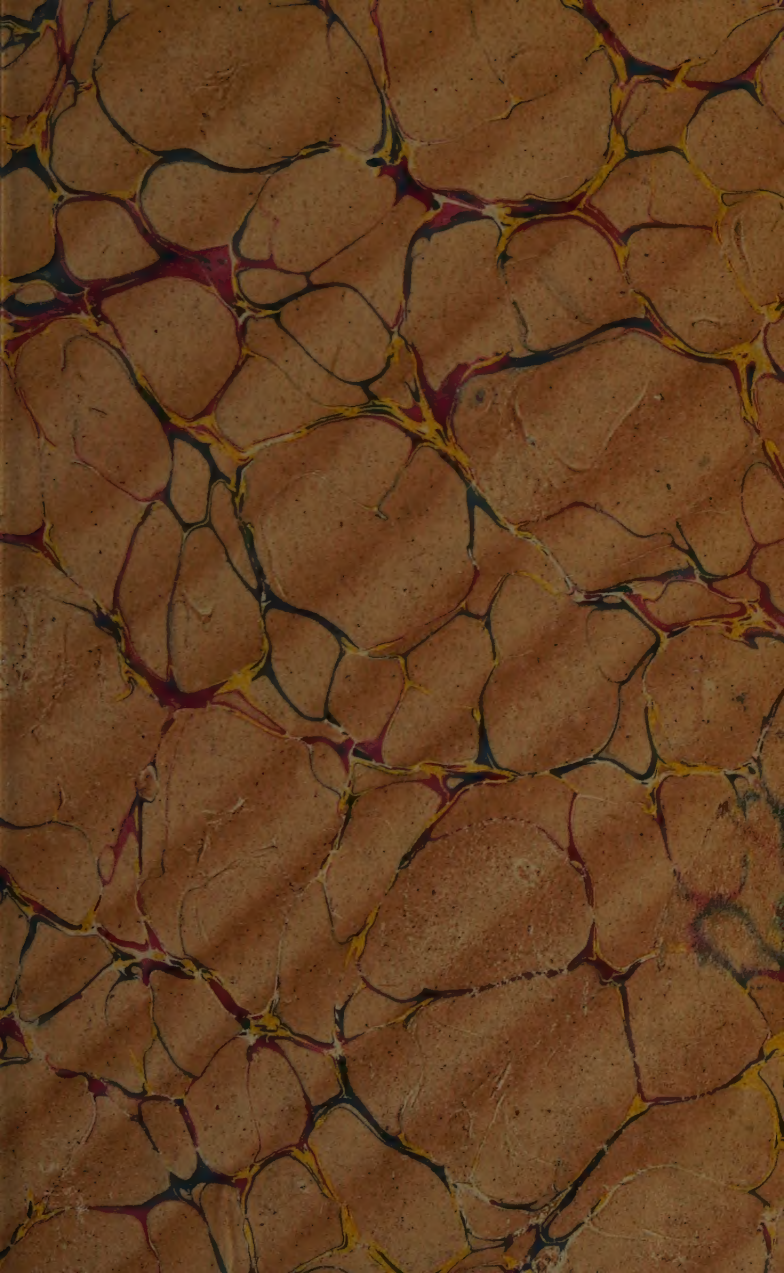
mn

Martinez Sierra, Gr/Madame Pepita; comed



3 9001 03948 7007







G. Martinez Sierra

Madame Sépitae



1800

1801

1802

1803

1804

1805

1806

1807

1808

1809

1810



OBRAS DEL AUTOR

EL POEMA DEL TRABAJO. DIÁLOGOS FANTÁSTICOS.

FLORES DE ESCARCHA.— <i>Segunda edición</i>	3,50
SOL DE LA TARDE.—Novelas.— <i>Segunda edición</i>	3,50
EL AGUA DORMIDA.—Novelas.	3,50
LA CASA DE LA PRIMAVERA.— <i>Segunda edición</i>	3,50
LA VIDA INQUIETA. Glosario espiritual.....	3,50

TEATRO

TEATRO DE ENSUEÑO.— <i>Segunda edición</i>	3,50
LA SOMBRA DEL PADRE. EL AMA DE LA CASA. HE- CHIZO DE AMOR.— <i>Segunda edición</i>	3,50
CANCIÓN DE CUNA. LIRIO ENTRE ESPINAS. EL IDEAL <i>Segunda edición</i>	3,50
PRIMAVERA EN OTOÑO	3,50
EL POBRECITO JUAN.	1,50
MAMÁ. EL ENAMORADO.	3,50
MADAME PEPITA.	3,50

G. MARTÍNEZ SIERRA

MADAME
PEPITA

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el TEATRO DE LA COMEDIA el 20 de Diciembre de 1912



MADRID
RENACIMIENTO
1912

Esta obra es propiedad de su autor.

Los representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Copyright, 1912, by G. Martínez Sierra.

862.59
m37m

Á RICARDO LEÓN

19435

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

MADAME PEPITA (38 años).	IRENE ALBA.
CATALINA (17 íd.).....	MERCEDES PÉREZ DE VARGAS.
GALATEA (25 íd.).....	MARÍA PALOU.
CARMEN (28 íd.)	JOSEFINA SEGURA.
CRISTINA (16 íd.).....	CARMEN VILLA.
UNA OFICIALA (20 íd).....	MATILDE M. HURTADO.
DON GUILLERMO (40 íd.)..	JUAN BONAFÉ.
ALBERTO (22 íd.).....	ALBERTO ROMEA.
DON LUIS (55 íd.).....	JAVIER MENDIGUCHÍA.
AUGUSTO (25 íd.).....	MARIANO ASQUERINO.
ANDRES (30 íd.).....	MANUEL INSÚA.

ACTO PRIMERO

Salón que sirve de sala de recibo y de espera en casa de MADAME PEPITA, modista de lujo. La habitación está lujosamente amueblada con sillería dorada, forrada de seda, pero sin mucho estilo. Hay en el centro una mesita y á la derecha otra, con periódicos de modas, figurines en color franceses y vieneses y muestrarios de los que envían á las modistas las tiendas de sedas y telas. Hay una cornucopia con gran espejo que llega hasta el suelo, y enfrente de él otro gran espejo de tres lunas, porque el salón, en momentos de prisa, sirve también como sala de pruebas: colocados en páteras altas hay uno ó dos sombreros de muy buen gusto, y casi en el centro de la escena un maniquí, vestido con un lujoso traje de *soirée*. Al levantarse el telón, CARMEN, que es una oficiala de MADAME PEPITA, está de rodillas delante del maniquí y coloca sobre el vestido, prendiéndolo con alfileres, un adorno de flores y hojas, consultando á cada momento con el figurín, que tiene á su lado en el suelo, y que coge en la mano para mirarle. CRISTINA, en pie, cerca de ella, le va dando alfileres que toma de una cajita, y flores y capullos de los que están en una gran caja de cartón que hay encima de una silla. CARMEN es una modisti-

lla madrileña de la clase elegante, vestida de negro con lindísimo delantal blanco, muy repeinada, muy bien calzada y gestera. CRISTINA es una aprendiz, bien arreglada también, pero que todavía no va de largo. Hablan con desgarro madrileño, pero sin afectación de chulería.

CARMEN

¡Dame un alfiler... una rosa... un capullo... volandito!

CRISTINA

¡No te han entrado á tí pocas prisas!

CARMEN

Es que verás si sale la fiera corrupta y no está esto acabado de presentar...

Entra CATALINA. Es una chiquilla de apenas diez y siete años, de aire inocente y simpático, pero horrorosamente peinada y vestida. Todo lo que trae puesto es bueno y está bien cortado, pero lleva la falda torcida y caída de un lado, la blusa á medio abrochar, un precioso delantal de batista y encaje con una grandísima mancha de tinta: no va de largo ni de corto; lleva el pelo suelto, desgreñado y con un lazo grande donde menos falta le hace. Trae un libro en la mano y en cuanto

se distrae, se muerde las uñas encarnizadamente. Habla con tono de niña consentida y caprichosa, dándose cuenta de su importancia como hija de la *maestra*.

CATALINA

Entrando, y oyendo las últimas palabras de CARMEN.

¡Oye, tú; á mi madre no tienes que llamarle fiera corrupta, que tiene su nombre como todo el mundo!

CARMEN

¡Hija, pareces un fantasma! Siempre te presentas cuando menos falta haces.

CATALINA

¡Si hago falta ó la dejo de hacer, eso no es cuenta tuya!

CARMEN

¡Hija, dispensa!

CATALINA

Yendo á sentarse en una butaca.

No hay que dispensar, pero cuidadito con lo que

se habla, que estoy yo aquí (Se acurruca en la butaca como si fuese un gato.) y no soy tan tonta como parece.

Abre el libro que traía en la mano
y empieza á leer con dificultad y aten-
ción.

CARMEN

A media voz.

¡Mira con lo que sale la niña bitonga!

CATALINA

Que ha oído y se vuelve rápida-
mente.

¡Oye, tú, á mi no tienes que llamarme niña bi-
tonga, que tengo mi nombre como todo el mundo!

CARMEN

Lo que tienes es oído de tísica.

CATALINA

Muy ofendida.

¡La tísica lo serás tú!

CRISTINA

Interviniendo.

No te enfades, mujer, que ha sido broma.

CATALINA

Tranquilizándose inmediatamente.

Bueno, pues cuidadito con las bromas. Me llamo Catalina, para que lo sepas, y mi madre no es la fiera corrupta, que es la maestra ó la señora...

CARMEN

Con sorna.

O la madama...

CATALINA

¡No, señor; la madama, no! ¡Madame Pepita, que es muy diferente!

Recalcando.

Madame Pepita, Madame Pepita...

CARMEN

Sí, hija, sí, ya lo hemos oído. Pues si sale (Recalcando con sorna.) *Madame Pepita* y está esta delantera

sin terminar, nos va á armar (Recalcando.) *la señora* la de Dios es Cristo.

CATALINA

Y con muchísima razón, porque sois todas unas gandulas.

CARMEN

¡Quién habló que la casa honró!

CRISTINA

¿Por qué no nos echas tú una mano?

CATALINA

Con desdén.

¿Yo? Estás tú fresca.

Se vuelve de espaldas y empieza de nuevo á leer. Lee con aplicación y pronunciando las sílabas, porque apenas sabe.

El cu-er-po hu-ma-no con... cons-ta, consta de tres par-tes: ca-be-za, tron-co y ex-tre-midades.

Repitiendo sin mirar al libro.

El cuerpo humano consta de tres partes...

Suena el timbre de la mampara que se supone hay en la puerta de la escalera.

CARMEN

A CRISTINA.

Mira á ver quién entra, que ha sonado el timbre de la mampara.

CRISTINA

Mirando hacia la puerta de la derecha.

Es el chico de la tienda de sedas.

Aparece en la puerta ALBERTO. Es un muchacho de veintidós años, de buena familia, que, por azares de la suerte, se ve obligado á servir como dependiente en «La Sultana», tienda de mercería, sedería y encajes. Viste pobre y decentemente y tiene la excesiva timidez natural en hombre que se siente fuera de su sitio. Trae un gran paquete de cartones, en los cuales están arrolladas las piezas de encaje. Es extraordinariamente bien educado.

ALBERTO

Deteniéndose en la puerta, antes de entrar.

¿Se puede?... con permiso... ustedes dispensen...

Las oficialas no responden, porque están ocupadas en reírse de él.

Buenos días...

CATALINA

Levanta los ojos del libro, y le mira. Desde el primer momento, siente por el muchacho una gran simpatía piadosa, que, poco á poco, durante toda la escena, al oírle hablar, se cambia en admiración. Es preciso que la actriz marque estos matices con muchísima sencillez é inocencia puesto que el personaje que representa, que es una chiquilla realmente inocente, no se da cuenta de lo que le pasa.

Muy buenos ¿Qué deseaba usted?

ALBERTO

Adelantando unos pasos, y sonriendo con timidez.

Que aquí están los encajes que han mandado á pedir á «La Sultana», para que elijan los que necesiten.

CARMEN

Está bien: déjelos usted ahí, y vuelva usted luego.

ALBERTO

Con timidez.

Es que... ustedes dispensen... me ha dicho el principal que me vuelva á llevar ahora mismo los que no hagan falta, que luego van señoras á la tienda, y como está aquí todo, no hay con qué servir las.

CARMEN

Pues ahora está de prueba la maestra y no puede elegir.

CRISTINA

A ver. No va á dejar plantada á una señora, porque á su principal de usted se le antoje.

ALBERTO

No, señora, no... Entonces... con permiso de ustedes, me retiro... volveré.

Va á salir, andando hacia atrás, y en su azoramiento tropieza con una silla que, al caer, se engancha con una

de las mesitas cargadas de figurines: la mesa cae también, y ALBERTO, al ir desconcertado á recoger los papeles que se han desparramado por el suelo, se enreda, se escurre y está á punto de caer á su vez. Las dos oficiales se echan á reir, y CATALINA, dando un grito, se precipita á socorrerle.

CATALINA

Corriendo hacia ALBERTO.

¡Ay! ¿Se ha hecho usted daño?

ALBERTO

Sonriendo en medio de su azoramiento, mirando de reojo y con mal humor á las oficiales, que no dejan de reir.

No, señorita, no, muchas gracias.

CATALINA

¿Quiere usted un vaso de agua?

ALBERTO

¡No, señorita, no!

Las oficiales siguen riendo.

CATALINA

Volviéndose á las oficialas.

¡No sé de qué os reís!

CARMEN

¡Es que no va á poder una reirse cuando tiene gana!

CATALINA

¡Cuando no viene á cuento...!

ALBERTO

No se moleste usted, señorita... se ríen de mí...
Un hombre que tropieza, excita siempre la hilaridad del bello sexo... Es natural.

CRISTINA

¡A ver!

CATALINA

Confidencial, á ALBERTO.

¡Son unas estúpidas!

ALBERTO

Mirándola con agradecimiento.

¡Usted, en cambio, es un ángel... señorita!

CATALINA

Apartándose un poco entre rubor y asombro.

¡Eh!

Durante este brevísimo diálogo, las dos oficiales han vuelto al adorno del vestido. CARMEN, que sigue de rodillas en el suelo, se echa hacia atrás para ver el efecto y hace un gesto de desagrado.

CARMEN

No me gusta como queda esto.

CRISTINA

Ni á mi tampoco, qué quieres que te diga. Hace así, ¡anchote, basto!

CARMEN

Levantándose y cogiendo el figurín.

Pues en el figurín está lo mismo y hace bien elegante. No sé en qué consiste.

ALBERTO

Interviniendo rápidamente.

Ustedes dispensen... consiste (Arrebata el figurín de manos de Carmen, que se queda estupefacta.) en que el dibujo de este figurín está calculado para una mujer ideal, de línea más bien gótica...

Habla con una seguridad que contrasta con su azoramiento anterior.

TODAS

¡Eh!

ALBERTO

Sonriendo y mirándolas á todas como si hiciese una demostración matemática.

Quiero decir, con las piernas muy largas...

CARMEN

¡Ah, vamos!

ALBERTO

Ya lo creo... (Mide la altura de la figura con la vista y un dedo, como hacen los pintores.) una, dos, tres... cabal: ocho cabezas tiene la figura.

CRISTINA

¡Ocho cabezas!

ALBERTO

Sonriendo y muy amable.

Sí, señorita, sí... de altura total; y la señora para quien ustedes hacen el vestido apenas tendrá...

Midiendo el maniquí con la vista.

A ver... una... dos... tres... Sí, cinco y media.

Habla con una seguridad, que contrasta con su azoramiento anterior.

CRISTINA

¡Cinco cabezas y media!

CARMEN

En son de burla.

¡Y le parecen á usted pocas!

ALBERTO

Muy serio.

Muy pocas, señorita. La proporción ideal de la

figura humana necesita una altura total equivalente á siete cabezas. Ese es el tipo griego en toda su pureza y su elegancia. Los figurines franceses y vieneses siempre aumentan algo, y como la mujer española, especialmente la madrileña, es de una línea (A Cristina.) como usted, señorita, más bien románica.

CARMEN

¡Ja, ja, ja!

CRISTINA

Ofendida.

¡Como yo!

ALBERTO

No se ofenda usted... quiero decir, bajita y regordeta, al querer adaptar á su tamaño real la silueta ideal del dibujo, siempre harán ustedes un absurdo.

Exaltándose y mirando al vestido.

Tres líneas paralelas de adorno en una falda corta. ¡Horror! ¡Ay, mientras las mujeres no aprendan el divino misterio de la línea, irán siempre vestidas como por su mayor enemigo! ¡Tristeza causa andar por esas calles y ver la obra maestra del Creador convertida en un monstruo por la mano criminal y sacrílega de sastres y modistas!

CRISTINA

¡Ja, ja, ja!

CARMEN

Entre risa y enfado.

Oiga usted, ¡eso de criminal...!

ALBERTO

Volviendo de su exaltación y cayendo de nuevo en su azoramiento, al darse cuenta de lo mucho que ha hablado.

Ustedes disimulen... no he dicho nada, nada... una exaltación pasajera... imperdonable...

CATALINA

Que ha estado escuchando con la boca abierta, y en el colmo de la admiración.

Pero... ¿qué es usted, que sabe tantas cosas?

ALBERTO

Nada, señorita... no soy nada ni nadie. Un pobre artista, un triste dibujante que aspira á ser pintor, y á quien los azares de la negra fortuna obligan á servir de dependiente en «La Sultana»,

tienda de mercería, sedería y encajes. Con permiso de ustedes, me retiro. Servidor de ustedes.

Sale.

Hay un momento de silencio asombrado.

CARMEN

¡Qué tipo! ¡Ja, ja, ja!

CRISTINA

¡Está gilí!

CATALINA

Con exaltación.

¡No sé por qué va á estar gilí, que bien fino es y bien simpático!

CARMEN

Anda ésta, simpático y todo. ¿A que te ha hecho tilín el don Simplicio?

CATALINA

Casi con lágrimas en los ojos.

No sé á qué le tienes que llamar don Simplicio, que tendrá su nombre como todo el mundo.

CARMEN

Pero, como no le sabemos...

CRISTINA

Yo, sí; se llama Alberto.

CATALINA

Alberto.

Para sí.

¡Qué nombre tan bonito!

Se oye gritar dentro á MADAME PEPITA.

¡Ay, mi madre!

CARMEN

Volviendo precipitadamente al trabajo.

¡Adiós, mi dinero!

Á CRISTINA.

¡Trae otro alfiler!

MADAME PEPITA

Dentro.

¡Sí, y sí y sí!

OFICIALA

Dentro.

Pero, señora...

Entra MADAME PEPITA. Mujer todavía de muy buen ver; correctamente vestida de sastre y muy bien peinada de peinadora. Trae en la mano una manga de vestido muy adornada. Viene muy enfadada; es excesiva para hablar y para gesticular, y tiene cierta afectación de finura. Detrás de ella entra la oficiala con gesto humilde.

MADAME PEPITA

¡No hay pero que valga! ¡Te he dicho que la manga es un *sinfundio* y es un *sinfundio*! ¡Ahora mismito la deshilvanas y la vuelves á hilvanar, y callando, y si no te conviene, te marchas! ¡No faltaría más sino que aquí una mona se permitiera tener conmigo una *disparidaz* de criterio!

OFICIALA

Si yo no digo nada...

MADAME PEPITA

¡Más vale así! Ahí tienes la manga.

La tira, y la oficiala la recoge.

Valiente espantapájaros. Tan salerosa como tú.
Y esto es una oficiala que gana seis pesetas.

OFICIALA

Al salir, entre dientes.

Seiscientas debía una ganar por aguantarla á usted.

CATALINA

Acercándose á MADAME PEPITA.

Mamá, mire usted lo que va diciendo: que seiscientas tenía que ganar por aguantarla á usted .

MADAME PEPITA

Bruscamente.

¡A tí qué te importa!

CATALINA

Apartándose con susto.

¡Ay!

MADAME PEPITA

Acercándose á CARMEN y CRISTINA.

¿Qué hacéis vosotras? Perder el tiempo, como de costumbre. ¿Por qué no habéis entrado en el taller?

CARMEN

Estábamos aquí, presentando esta delantera.

MADAME PEPITA

Mirando al figurín con los impertinentes que lleva colgados de una cadena con demasiadas piedras.

¡Golosa está la presentación!

CARMEN

¿No le gusta á usted?

MADAME PEPITA

El traje de la virgen de tu pueblo, que serás de Coria, por lo lista que eres.

CARMEN

Soy de Madrid, lo mismo que usted.

MADAME PEPITA

¡Hijas, tenéis un gusto *indeplorable!*

CARMEN

Pues lo he copiado justo del figurín, como usted me mandó: mire usted.

Le da el figurín, y MADAME PEPITA mira alternativamente con los impertinentes al dibujo y al traje.

CATALINA

Interviniendo con decisión y entusiasmo.

¡Pero es que el figurín está pintado para que se lo ponga una señora gótica!

MADAME PEPITA

Mirando á su hija con susto.

¿Eh? ¿Qué dices?

CATALINA

Con seguridad.

¡Claro! ¡Y la señora del vestido es romántica!

MADAME PEPITA

¡Tú qué sabes!

CATALINA

Romántica, sí, sí; que no tiene más que siete cabezas, y para ser un tipo y una silueta hay que tener... (Piensa.) bueno, hay que tener más... no sé cuántas; y si á una falda corta se le ponen tres pisos de adorno, pues la señora que se la ponga parecerá un monstruo griego, y andará por las calles como si la hubiera vestido su mayor enemigo. ¡Eso es!

Se calla de repente.

MADAME PEPITA

Alarmada.

Pero, hija, tú debes tener calentura... A ver... ven aquí.

CATALINA

¡No, señora, no!

CARMEN y CRISTINA

¡Ja, ja, ja!

MADAME PEPITA

Enfadada.

¿De qué os reís vosotras?

CRISTINA

Asustada.

¡De nada, señora!

CARMEN

De que toda esa relación nos la acaba de echar ahora mismo el muchacho de «La Sultana».

MADAME PEPITA

¿Ha estado aquí el chico de «La Sultana?»

CARMEN

Sí, señora; á traer los encajes.

MADAME PEPITA

¿El de siempre?

CARMEN

No, señora: el nuevo.

MADAME PEPITA

¿Y no le habéis dicho que es un pánfilo y que su principal no tiene vergüenza?

CARMEN

Sonriendo.

No, señora.

MADAME PEPITA

Mal hecho. Ya se lo diré yo en cuanto le vea.

CATALINA

Con interés.

No, mamá, no se lo diga usted...

MADAME PEPITA

Bruscamente.

¿A tí qué te importa?

CATALINA

Apartándose con susto.

¡Ay!

CARMEN

Señalando el maniquí.

Y de ésto, ¿qué se hace?

MADAME PEPITA

Desbaratarlo todo, y volverlo á prender, pero fuera de aquí, que luego viene gente y está toda la casa hecha un *maremango*. Llevárselo al taller, que ahora voy yo. ¡Quitarse de mi vista!

CARMEN

Con retintín.

Sí, señora.

Coge el maniquí ayudada por CRISTINA, y sale con él murmurando entre dientes.

¡Con muchísimo gusto!

CATALINA

Acercándose á su madre.

Mamá, dice que con muchísimo gusto...

MADAME PEPITA

Bruscamente.

¡A tí qué te importa!

CATALINA

Muy asustada.

¡Ay!

MADAME PEPITA

Y tú, ¿qué hacías? ¡Holgazanear!

CATALINA

No, señora, que estaba estudiando.

MADAME PEPITA

A ver... ¿qué libro es ese? ¿una novela?

CATALINA

Defendiéndose.

No, señora: uno que me ha prestado don Guillermo, el señor del segundo. Es verdad... mire usted.

Le da el libro.

MADAME PEPITA

Hojeando el libro.

¡Jesús! ¡Ave María! ¿Qué es ésto? ¡Un esqueleto!

CATALINA

Con suficiencia pueril.

Sí, señora: que es un libro que dice cuántos huesos tenemos, y cómo estamos hechos por fuera y por dentro.

MADAME PEPITA

¿Eh?

CATALINA

Continuando.

Y para qué nos sirve todo lo que tenemos en el cuerpo. Mire usted (Recitando.) el cuerpo humano consta de tres partes: cabeza, tronco...

MADAME PEPITA

Interrumpiéndola, escandalizada.

¡Calla, calla, qué *inmoralidad*! ¡Ahora mismo tiras ese libro! Esas son cosas de hombres. ¡Una

mujer decente no tiene para qué estudiar ciertas interioridades!

CATALINA

Con inocencia.

Sí, señora: que dice don Guillermo que las mujeres son las que mejor tienen que saber esas cosas, para cuando sean mayores y madres criar á sus hijos como Dios manda.

MADAME PEPITA

Sinceramente escandalizada.

¡Pero ese hombre es un sátiro!

CATALINA

Con inocencia.

¡No, señora, no lo crea usted, que escribe en los periódicos y es académico!

MADAME PEPITA

Dulcificándose como por encanto.

¡Académico! ¿Quién te lo ha dicho á ti?

CATALINA

La portera, que lo ha visto en los sobres de las cartas y en los papeles que le traen de una imprenta. Don Guillermo de Armendáriz y Ochoa, de la Real Academia de Bellas Artes, sí, señora, y además es muy bueno, y muy cariñoso, y tiene la casa llena de pedruscos y de figuras sin cabeza, y siempre que me encuentra en la escalera, se para á hablar conmigo, y me ha dicho que él me prestará libros á ver si aprendo algo, porque le da lástima el ver que soy tan grandullona y tan ignorante, y dice que por qué de pequeña no me ha mandado usted á la escuela, y yo le digo que no ha querido usted para que no me roce con niñas ordinarias, y él dice que más vale ser ordinaria que bruta, y es verdad, ¿verdad usted?

MADAME PEPITA

Sñadora, con admiración.

¡Académico!

CATALINA

Con entusiasmo.

¡Sí, señora, sí! Y el otro día vino en *Nuevo Mundo*, retratado con el rey y la reina...

MADAME PEPITA

¡Con el rey!

CATALINA

Sí, señora: que inauguraron la exposición de pinturas y él salió á recibirlos y á explicarles qué cuadros eran buenos y qué cuadros eran malos. Aquí está. (Saca un número de *Nuevo Mundo* de entre los figurines). ¡Mire usted cuántas medallas lleva... y una banda...!

MADAME PEPITA

Con admiración.

Será la de Carlos tercero, ó *si se quiere*, la de María Luisa.

Soñadora, mirando la fotografía.

¡Qué bien le caen á un hombre estos distintivos oficiales!

Suena fuera el timbre de la mampara y se oye la voz de CARMEN.

CARMEN

Dentro.

Sí, señor conde; tenga el señor conde la bondad de pasar, que voy á dar aviso.

Aparece en la puerta y ve á MADAME PEPITA.

¡Ah, está aquí la señora! Señora, el señor conde de la Vega de Lezo.

MADAME PEPITA

Hecha en puro almíbar.

Adelante, adelante, señor conde.

Empujando á su hija con apresuramiento.

Quítate de en medio y anda á vestirte, que estás hecha una *birria*.

CATALINA

Asustada.

¡Ay!

Echa á correr y sale por una puerta á tiempo que el señor conde entra por otra.

El señor conde de la Vega de Lezo, DON LUIS DE LARA, tiene cincuenta y cinco años, pero representa bastantes más, porque el amor, el vino y otros excesos le han arruinado antes de tiempo, á pesar de lo cual, aún conserva empaque y pretensiones de conquistador que hacen contraste lamentable con la decadencia general de su individuo. Viste con excesiva preten-

sión de elegancia, y presume de arrogante y gallardo, pero casi siempre al hacer un gesto ó tomar una actitud arrogante le hace traición su prematura senilidad, y resbala, vacila ó se dobla, percances que le producen contrariedad vivísima. Al entrar no se olvida de hacer una caricia, como quien dispensa una merced, á la oficiala que le ha abierto la puerta. La oficiala responde á la atención con un disimulado gesto de contrariedad, y á espaldas del señor conde, se limpia la cara con el delantal antes de salir.

DON LUIS

¡Mi queridísima Pepita!

MADAME PEPITA

¡Qué olvidada me tiene el señor conde! ¡Más de tres meses sin parecer por esta su casa!

DON LUIS

Viajes, hija mía; contrariedades, conflictos sin número... dolencias...

MADAME PEPITA

¿El señor conde ha estado enfermo?

DON LUIS

No... dolencias morales; la sociedad se descompone, Pepita; las aristocracias se derrumban; la moneda, que es la sangre de la vida moderna, huye de nuestras arcas blasonadas; la miseria se come nuestros pergaminos. ¡Ya no somos nadie!

MADAME PEPITA

¡Ay, no diga eso el señor conde! La sangre azul no se paga con nada.

DON LUIS

Suspirando.

Es cierto; no se paga... y, por lo tanto, no se puede vender.

MADAME PEPITA

Siéntese el señor conde.

DON LUIS

¡Ay, Pepita; pensar que en tiempos tu difunta madre sirvió en mi propia casa como docella de mi difunta esposa...!

MADAME PEPITA

Conmovida sin gran motivo.

¡Pobrecita señora condesa!

DON LUIS

Pensar que tú naciste y te criaste á la sombra de nuestra generosidad, y que hoy (Paseando la vista por el cuarto.) tú vas camino de la opulencia, mientras yo...

MADAME PEPITA

Queriendo consolarle.

No se figure el señor conde. Todos tenemos nuestros apuros.

DON LUIS

Vamos, que no te dejarías ahorcar por medio millonaje de pesetas.

MADAME PEPITA

Quite el señor conde; tiene una todo su capital en existencias, ó si se quiere, en trapos, que cuestan un sentido, y en pasando la moda no hay quien le dé á una un ochavo por ellos; y manten-

ga usted á una *sinfinidad* de oficialas, y luego las señoras que cada día están más cicateras. ¡Hasta las de teatro, si, señor, hasta las mismas del otro mundo, que antes no reparaban en nada, ahora corren los saldos, que es una vergüenza, y saben lo que cuesta una vara de raso! Con decirle al señor conde que ha habido una señora de un ministro ¡no la quiero nombrar! que pretendía traerme por su cuenta los adornos para un traje de corte. ¡Los adornos á mí!

Muy ofendida.

¡Hasta ahí podíamos llegar! Dice que eran encajes históricos. Vamos, señora, lo que yo pensé: para historia, la historia de España tal y como dicen que la está poniendo su marido de usted.

DON LUIS

No te exaltes, Pepita.

MADAME PEPITA

Es decirle al señor conde que los trapos no dan tanto como la gente se figura.

DON LUIS

Vamos, que los terrenos de El Escorial son dinero en firme. ¡Todo se sabe!

MADAME PEPITA

De bastante le sirve á una haber comprado cuatro palmos de tierra si no tiene una con qué edificar...

DON LUIS

No llores, que tu hija va á ser el mejor partido de España.

MADAME PEPITA

Halagada.

¡Ay, qué cosas tiene el señor conde!

DON LUIS

¡Ya sabes que eres mi debilidad, Pepita!

MADAME PEPITA

¡Gracias, señor conde!

DON LUIS

Eres una mujer excepcional, de orden, de iniciativa, de buen gusto.

MADAME PEPITA á cada nueva lisonja se pone más ancha y hasta se ruboriza por el exceso de emoción.

Yo, bien lo sabes, siempre que se presenta una ocasión, te favorezco...

MADAME PEPITA

¡Y yo agradecidísima, señor conde!

DON LUIS

Hoy mismo, á eso he venido.

MADAME PEPITA

Señor conde...

DON LUIS

Dentro de un rato, naturalmente por indicación mía, vendrá una señora á encargarse unos trajes.

MADAME PEPITA

¿Parienta del señor conde?

DON LUIS

Con afectación.

No... no es de mi mundo. Es más bien una artista; Galatea se llama... como nombre de guerra, naturalmente... de seguro la has oído nombrar... trabaja en un género de arte especial: alta variedad... cuadros plásticos.

MADAME PEPITA

Sí, sí... ya sé.

DON LUIS

¡Mujer espléndida! ¡elegantísima! Estaba desolada, porque aquí en Madrid, la cuestión de trapos...

Hace un gesto de desdén.

Hasta que yo le dije: ¿pero tú no conoces á Madame Pepita?

MADAME PEPITA

¡El señor conde me confunde!

DON LUIS

Y ahora vendrá. Es una chiquilla...

Con ilusión.

Desgraciada, ¡la pobre! Es decir, lo supongo, porque á mí, aunque me tiene muchísimo cariño, como me respeta lo mismo ó más que á un padre, no me cuenta ciertas penas... pero... yo creo ¡miserias de la vida! que hay en la sombra alguien que paga las facturas... ¡en fin, eso á nosotros no nos importa!

MADAME PEPITA

Con ingenuidad.

¡Claro que no! Con tal de que se cobren...

DON LUIS

¡Oh... naturalmente! ¡No faltaría más! ¡Ejem! quiero decirte que en cuestión de precios...

MADAME PEPITA

Vivamente.

De sobra sabe el señor conde que yo no soy tirana, y siendo cosa suya...

DON LUIS

No, no es eso tampoco. Por esta vez puedes permitirte el lujo de no reparar en quinientas pesetas más ó menos; pongamos en mil más... (MADAME

PEPITA hace un gesto de asombro) yo ¡apuros de la vida! necesito setecientas cincuenta (Deprisa y con afectación de desesperación) que tendrás la bondad de reservarme sobre el producto líquido de la factura... y aun de adelantarme, si puedes.

MADAME PEPITA

Desconcertada.

Pero... señor conde...

DON LUIS

Con afectación de amargura, paseando por la habitación.

¡Así está el mundo, Pepita amiga! ¡Así le ha puesto el triunfo de las democracias! Todo un señor de la Vega de Lezo, comisionista en trapos... ¡Dan ganas de llorar!

MADAME PEPITA

Tragándose el anzuelo.

No se aflija el señor conde; ya sabe el señor conde que en todo lo que yo pueda servirle...

DON LUIS

Fingiendo emoción.

Gracias, Pepita.

La abraza.

Sólo tratándose de ti, que tienes un corazón de oro, me rebajo á aceptar estas cosas.

MADAME PEPITA

No faltaría más, señor conde.

Suena el timbre de la mampara y se oye la voz de GALATEA que dice:

GALATEA

Dentro.

Madame Pepita, ¿está?

DON LUIS

¡Ahí la tenemos! Reconozco su voz.

Con chochera.

¡Ay, qué voz!

Saliendo á la puerta obsequiosísimo.

¡Por aquí, Galatea, por aquí!

Sale y le da la mano para que entre.

GALATEA es mujer de unos veinticinco años. Viene vestida con elegantísimo traje de calle, un poco extravagante, pero de buen gusto. A pesar de la elegancia exterior, ha nacido en la calle del Ave María, y es chula de modales y de lenguaje.

GALATEA

Con un poco de desdén, al conde.

¡Ah! ¿Está usted aquí?

DON LUIS

Obsequiosísimo, chocho y habiendo perdido todo su empaque.

Ya lo ves... aquí estoy... como siempre... hablando mal de tí... ocupándome de tus intereses.

GALATEA

¡Pues no ha madrugado usted poco, con lo fría que está la mañana!

DON LUIS

¡Por ti soy yo capaz de cualquier sacrificio!

GALATEA

¡Luego será ella! ¡Ya verá usted el asma!

DON LUIS

El asma... ¡qué bromista!

GALATEA

Bueno, á lo que venimos. ¿Esta señora es la famosa madame Pepita?

MADAME PEPITA

Servidora de usted, sí, señora; para servir á la señora.

GALATEA

Muy amable con MADAME PEPITA y
muy áspera con el conde.

Tanto gusto.

MADAME PEPITA

El gusto y el honor son míos, señora. Ya me ha dicho el señor conde, que la señora es muy difícil en cuestión de trapos...

GALATEA

Regular.

MADAME PEPITA

Pero espero que en esta su casa, ha de encontrar la señora algo de su gusto.

GALATEA

Allá veremos. Será usted muy carera, ¿verdad?

MADAME PEPITA

Lo bueno siempre cuesta, señora; pero no reñiremos por el precio.

DON LUIS

Puedes fiarte de ella; aunque plebeya por la estirpe, es noble por el corazón.

Siempre que el conde habla, GALATEA le mira de arriba abajo, con marcado desprecio, que él finge no advertir.

MADAME PEPITA

El señor conde me confunde. ¿Trae la señora idea decidida, ó prefiere ver algunos modelos para orientarse?

GALATEA

Nos orientaremos.

MADAME PEPITA

Si la señora quiere tomarse la molestia de pasar al salón de exposición...

GALATEA

¡Vamos allá!

DON LUIS

Que no acierta á despegarse de ella.

¡Vamos allá!

GALATEA

Usté puede marcharse: á las modistas les carga que los hombres se metan en cuestión de trapos.

MADAME PEPITA

¡Oh, señora... por mí... si el señor conde gusta...!

GALATEA

Pues si á usted no le carga, me carga á mí, ¡ea!
¡No hay más que hablar!

DON LUIS

Haciendo de tripas corazón.

¡Siempre tan ocurrente!

GALATEA

¡Siempre! Es de natural.

DON LUIS

Ea, pues me marchó, porque tengo que hacer...
¿Tienes acaso el coche á la puerta?

GALATEA

¿Qué le quiere usted al coche?

DON LUIS

Sonriendo.

Al coche, nada. A tí, que me permitas usarle
para ir hasta mi casa.

GALATEA

Después de pensarlo un segundo.

Bueno; pero que vuelva al instante, y que no se le ocurra á usted fumar dentro, que luego apestan á tabaco los almohadones, y cuando voy yo sola no me quiero acordar de que en el mundo hay hombres.

Sacude el aire con el pañuelo.

¡Uf!

DON LUIS

¡Hasta luego. Adiós, Pepita. Si tienes tiempo, no dejes de mandarme esas... esos papeles... que me hacen mucha falta.

MADAME PEPITA

Descuide el señor conde... no se me olvida.

Salé DON LUIS.

GALATEA

Después que ha salido el conde, pero sin dársele un camino de que pueda oirla.

¡Valiente tipo! ¡Ja, ja! ¿A usted no le dan risa los viejos cúrsiles?

MADAME PEPITA

Mirando hacia la puerta alarmadísima, por miedo á que DON LUIS haya oído.

¡Oh, el señor conde es muy distinguido y está en muy buena edad!

GALATEA

Sí, para que le lleven á un museo en clase de momia. ¡Ay, Virgen Santísima, ni engarzadas en oro me gustan á mi las antigüedades! No debía de haber en el mundo más que hombres de veinte años, ¿verdad usted?

Suspira.

MADAME PEPITA levanta la portiere de la puerta que conduce á los talleres, y hace pasar á GALATEA. Queda la escena sola un instante. Se oye sonar el timbre de la mampara, y pasado un momento entra CARMEN con AUGUSTO.

AUGUSTO es un muchacho de veinticinco años, cuya única preocupación es el arreglo y adorno de su persona. Trae un elegantísimo traje claro de mañana, un poco afeminado por exceso de rebuscamiento, y la camisa, la corbata, las botas y hasta el último detalle forman un desfalleciente conjunto de colores ténues. El sombrero es de fieltro aterciopelado, con ala blanda y ancha, que lleva levantada de un lado y caída del otro, con tanto primor y cuidado como si se tratase de

un sombrero de mujer coqueta. Tiene el pelo rubio, rizado en grandes ondas, algunas de las cuales caen con gracia sobre la frente. El bigote también primorosamente cuidado. Habla con un poco de afectación, pero, á pesar de todo, es simpático.

CARMEN

Muy obsequiosa.

Sí, señor vizconde. Pase el señor vizconde. Si el señor vizconde quiere tener la amabilidad de sentarse mientras paso recado... ¡Ay, Dios mio, qué bien huele este hombre!

AUGUSTO

Dignándose coger la silla que le acerca CARMEN, pero sin sentarse.

Gracias.

CARMEN

¿No ha encontrado el señor vizconde en la escalera al papá del señor vizconde?

AUGUSTO

¿A mi padre? No.

CARMEN

Buscando pretexto en la conversación para no marcharse.

¿No? Pues ahora mismito acaba de marcharse de aquí el señor conde.

AUGUSTO

Bien, bien. Dile á tu maestra que salga si puede.

CARMEN

Si, señor vizconde. Acaso tendrá el señor vizconde que esperar un poquito, porque está con una parroquiana que viene por primera vez; puede que el señor vizconde la haya oído nombrar, porque es del teatro. Galatea creo que se llama.

AUGUSTO

Vivamente.

¿Galatea? ¿Que está aquí Galatea? ¿Cuándo ha venido?

CARMEN

Hace media hora, señor vizconde. Con la señora está eligiendo modelos.

AUGUSTO

Pues dile que salga inmediatamente.

CARMEN

¿A la señora Galatea?

AUGUSTO

No; á tu maestra, á madame Pepita.

CARMEN

Sí, sí.

AUGUSTO

Que es para un asunto de urgencia; pero sin decirle que soy yo quien aguarda, ¿entiendes? y sin que la señora Galatea se entere.

CARMEN

Sí, señor vizconde; no pase cuidado el señor vizconde. Enseguida saldrá. ¡Ay, cómo le relucen las uñas á este hombre!

Sale, frotándose e'la misma las uñas.

AUGUSTO

Mirándola salir, con sonrisa de fatuidad.

¡Cayó la oficiala! ¡Cómo ha de ser!

Se mira al espejo de tres lunas, a de la cornucopia, en uno de mano que hay sobre la mesita, y en cada uno de ellos va rectificando un detalle de la corbata, del traje, del peinado... Saca de la cadena que lleva en un bolsillo del pantalón un pomito de esencia, echa una gota en el pañuelo; saca de una carterita un peinecillo y se atusa con gracia las ondas de la frente; después, con precaución, se arregla con dos dedos el bigote, vuelve á hacer el recorrido de los espejos, saca de una petaca inverosímil un cigarrillo egipcio de los más delgados, le enciende con encendedor, y le fuma sentándose entre los dos espejos para poderse contemplar de frente y de espaldas. Ocupado en esta dulce operación, le sorprende la entrada de MADAME PEPITA, que viene seguida de CARMEN, y un poco sofocada,

MADAME PEPITA

A CARMEN

Pero, ¿qué misterios son éstos? ¿Quieres decirme quién me busca y á qué vienen tantos tapujos?

AUGUSTO

Sin levantarse y hablando, sin dejar
de mirar al espejo.

No te enfades, Pepita, soy yo.

MADAME PEPITA

¡Señor vizconde!

Mirada asesina de AUGUSTO á la oficiala, y mirada admirativa de la oficiala á AUGUSTO.

CARMEN

Al salir.

¡Ay, Dios mío! ¡Qué modo de mirar tiene este hombre!

AUGUSTO

Atusándose el bigote con aire condescendiente, y sin quitar los ojos del espejo.

El mismo, Pepita; pero no me digas señor vizconde. Dime como cuando estabas en casa.

MADAME PEPITA

Embelesada.

¿Señorito Augusto?

AUGUSTO

Cada vez más condescendiente.

O Augusto á secas.

MADAME PEPITA

¡Ay, señorito Augusto! ¡Qué cosas tiene el señor vizconde!

AUGUSTO

Al fin y al cabo, puede decirse que me has visto nacer.

MADAME PEPITA

Es verdad. ¡Qué vieja va una siendo!

Haciendo pucheros.

¡Pobrecita señora condesa!

AUGUSTO

Siempre con distracción, porque
está ocupado de su interesante per-
sona.

Ya, ya. ¡Pobre mamá! Así es la vida... unos na-
cen, otros mueren... ¡problemas!

MADAME PEPITA

¡Qué razón tiene el señor vizconde!

AUGUSTO

Y tú dirás: ¿á qué viene á estas horas este niño?

MADAME PEPITA

El señor vizconde sabe que á todas horas viene á su casa.

AUGUSTO

Pues hija, aunque parezca mentira, te vengo á pedir un favor.

MADAME PEPITA

Mande el señor vizconde.

AUGUSTO

Hija, los tiempos están imposibles... Ciertamente es que yo llevo una vida un tanto (Bajando los ojos.) disipada; pero á mi edad, y con mis condiciones... personales (Se mira de arriba abajo con complacencia ruborosa.) COM-prenderás que no es posible hacer de otra manera.

Sonríe.

El amor, en los tiempos de prosa que alcanzamos, cuesta un sentido... Yo estoy enamorado como un loco de una mujer... ¿qué te voy á decir?, tú la conoces, ¡Galatea!

MADAME PEPITA

¡Galatea! ¡La que...!

AUGUSTO

Precisamente (Sonríe.) La que está ahí dentro, eligiendo modelos. Esa es la razón del misterio con que te he hecho salir. No quiero que me vea.

MADAME PEPITA va á cerrar la puerta.

Gracias. Es una mujer de una elegancia regia, y de un gusto (Volviéndose á mirar de arriba á abajo con complacencia suma) de un gusto, mal está que lo diga yo mismo... ¡exquisito!

MADAME PEPITA

Sí, parece difícil de contentar.

AUGUSTO

¡Oh, conmigo está loca la pobre! En fin, que estaba desolada porque tiene que hacerse no sé

cuántos trajes, y en Madrid, naturalmente, el arte de la moda, tú ya sabes... hasta que yo le dije: Pero, querida mía, ¿tú no conoces á Madame Pepita?

MADAME PEPITA

¡Oh, señor vizconde!

AUGUSTO

Y por eso ha venido... y por eso vengo. Ella es una locuela que no repara en precios, así es que en las facturas...

MADAME PEPITA

¡Oh, no me ofenda el señor vizconde! ¡Sabiendo que las ha de pagar el señor vizconde!

AUGUSTO

No, Pepita, no se trata de eso. Desgraciadamente... no las pagaré yo.

MADAME PEPITA

¿Eh?

AUGUSTO

Yo la adoro, y me adora... pero la vida es tan difícil... ¡problemas! En fin, sospecho que en la sombra hay algún ser abyecto que paga las cuentas (Suspirando.) sí, un viejo despreciable. ¡Ay! Lo sé por Carmelina, su doncella, una rubia adorable, que (Bajando los ojos.) no tiene secretos para mí...

MADAME PEPITA

Realmente alarmada.

¿Pero... entonces...?

AUGUSTO

Entonces, tú cargas un poquito la mano en la factura (Haciéndole una carantoña.) y llevamos á medias los beneficios ¿Qué te parece?

MADAME PEPITA

Pero, señor vizconde... es el caso.

AUGUSTO

Cada vez más cariñoso.

No me digas que no. ¡Que se fastidie el viejo!

¡Ay, Pepita, siempre que te veo (Sentimental.) me acuerdo de la pobre mamá! ¡Cómo te quería!

MADAME PEPITA

Cogida por el flaco y haciendo pucheros.

¡Pobrecita señora condesa!

AUGUSTO

Ea, no hay más que hablar, quedamos en ello... ¡mil quinientas pesetas!

CATALINA

Entrando de repente y sin reparar en AUGUSTO.

Mamá, ¿me deja usted bajar al estanco *á por* un cuadernillo de papel, que le voy á escribir á la Gregoria una carta para su novio?

MADAME PEPITA

¿Qué maneras son esas de presentarse?

CATALINA

Asustada.

¡Ay!

MADAME PEPITA

¿No ves que estoy hablando con el señor vizconde?

CATALINA

Usted dispense, que no le había visto.

MADAME PEPITA

¡Saluda!

CATALINA

Dando la mano á Augusto, que la toma con cierta precaución.

Buenos días. ¿cómo está usted?

MADAME PEPITA

Se dice: ¿cómo está el señor vizconde?

AUGUSTO

Condescendiente.

¡Oh, da lo mismo!

CATALINA

Muy convencida.

¡Claro!

AUGUSTO

Amable.

¿Es tu hija esta niña tan... original?

MADAME PEPITA

Quiriendo comerse á CATALINA con
la vista.

Sí, señor vizconde; mi hija y mi tormento.

AUGUSTO

Ea, no canso más... quedamos en eso. No salgas, no.

Sonriendo.

Ya me abrirá la puerta cualquier oficiala.

Sale acompañado de MADAME PEPITA, que vuelve enseguida.

CATALINA

Viéndole salir.

¡Uy, qué pollo!

Ha cambiado de traje, pero viene
tan mal arreglada y tan sucia como
antes.

MADAME PEPITA

Volviendo á entrar.

Pero, ¿estás ahí todavía?

CATALINA

Asustada.

Estaba recogiendo este libro.

MADAME PEPITA

¿No te he dicho cien veces que no entres donde
esté yo con gente sin arreglarte antes?

CATALINA

Mirándose con satisfacción.

Pero si ya estoy arreglada.

MADAME PEPITA

Mirándola de arriba abajo.

¿Eh?

CATALINA

Muy convencida.

Sí, señora, que me he puesto la falda nueva y la blusa limpia.

MADAME PEPITA

¡Y después de ponértela, te has dado una vuelta por la carbonera! Ven acá.

Arreglándola á empujones.

¿No te da vergüenza no saber llevar una falda derecha con diez y siete años que tienes?

CATALINA

¡Ay, que me hace usted daño!

MADAME PEPITA

Sin dejar de zarandearla.

¡Mejor!

CATALINA

¡Claro! ¡Mejor para usted!

GALATEA

Dentro.

¡Sí, sí; muy bonito!

MADAME PEPITA

Yendo á abrir la puerta que ha cerrado antes.

¡Quítate de enmedio, que viene gente!

CATALINA

Pero, ¿me deja usted que vaya?...

MADAME PEPITA

Vete al infierno, si te parece.

CATALINA sale por la puerta de la izquierda y GALATEA entra por la de la derecha, acompañada por una oficiala, que se retira inmediatamente, sin hablar.

MADAME PEPITA

A GALATEA, muy amablemente.

¿Ha elegido ya la señora?

GALATEA

Oliendo el aire.

¡Hum, hum... aquí ha estado ese!

MADAME PEPITA

Sin querer comprender.

¿Decía la señora?

GALATEA

Muy complacida.

¡Ja, ja, ja. ¡Valiente punto! ¿A qué venía?

MADAME PEPITA

No sé á qué se refiere la señora.

GALATEA

¡Hágase usté la tonta! A ese golfo de Augusto.
¡Cualquiera le confunde con el olor á nardo que
gasta!

Muy satisfecha.

¡Extrañábame á mí que no viniera siguiéndome
los pasos! ¡Por supuesto, á saber si he venido sola!
¿Y usted qué le ha dicho? ¡Ja, ja, ja! ¡Pues digo,
si se encuentra en la escalera con el autor de su
existencia! ¡Ja, ja, ja!

Poniéndose seria.

Ea, no me quiero reir de él, que aunque es muy
sinvergüenza (MADAME PEPITA pone una cara escandalizadísima)
tiene ángel, y... bueno está lo bueno! A lo que
íbamos.

MADAME PEPITA

¿La señora ha encontrado algo que le agrade?

GALATEA

¡La mar de cosas! ¡Tiene usted el gran gusto!

MADAME PEPITA

Inclinándose.

¡Oh, señora!

GALATEA

Hay un vestido azul que quita el sentido, y una bata de encajes, con un descote así, si es si no es... que yo me entiendo. ¡Ay!

Suspira.

MADAME PEPITA

¿Ha reparado la señora en un deshabillé crespón de china malva, con efecto casaca en punto de Alençon? Será una maravilla con la línea ondulante que tiene la señora. ¿Quiere probárselo la señora, y apuntaremos las correcciones?

GALATEA

No, muchas gracias; no me pruebo nada.

MADAME PEPITA

¡Cómo!

GALATEA

A mí no me gusta hacer el paripé. Usté me va á mandar dos ó tres blusas sencillitas, de batista, de esas de camiseta, las más baratas, y luego una factura de cuatro mil pesetas.

MADAME PEPITA

¿Eh?

GALATEA

Mitad para usted y mitad para mí, ¡qué demonio! ¡Todos tenemos que vivir!

MADAME PEPITA

¿Una factura? pero...

GALATEA

Sí, y me hace usted el favor de mandármela por duplicado.

MADAME PEPITA

¡Por duplicado!

GALATEA

¡A ver! Una para el viejo y otra para el niño.

Ante los ojos de espanto de MADAME
PEPITA.

Ahora que es una joven, tiene una que mirar por la vejez, y ¿á qué están los hombres más que á pa-

gar? Ya sé yo que hay locas que tiran el dinero por la ventana, y que si á mano viene, por un capricho, lo echan todo á rodar (Con gran seriedad, y muy convencida) yo, no, señora, que soy muy seria, aunque me esté mal el decirlo. El viejo es un pelma, pongo por caso (Madame Pepita hace un gesto de protesta) no se ofenda usted, que sí que lo es... ¡pues, cualquiera le aguanta, si no suelta de aquí!

Haciendo ademán de contar dinero.

El joven le gusta á una, es un suponer, que sí que me gusta... á qué voy á decir una cosa por otra... pues, ¿qué más quiere él? Que se rasque el bolsillo, que no lo va á poner una todo, digo, me parece.

MADAME PEPITA

Condescendiente á duras penas.

Sí; mirando las cosas *bajo* ese prisma...

GALATEA

¡Déjese usted de prismas; cada uno las mira como puede! ¡Digo, pues si á mí ahora me diera por los trapos, que cuestan un sentido, usted lo sabe, y luego ni de empeño les puede usted sacar una perra gorda! Siquiera las alhajas, (Con desdén.) y tampoco, que está usted en un apuro, y á lo que

ha costado veinte, no le saca usted diez... Moneda, y terrones, señora; yo, peseta que tengo, en tierra la gasto.

MADAME PEPITA

Ilusionada.

¿En tierra?

GALATEA

Sí, señora; en tierra: si alguna vez va usted camino de Francia, repare usted en Torreldones, á mano derecha según se va, saliendo de la estación; una finca con una empalizada pintada de azul.

MADAME PEPITA

¿Y un cenador con una parra?

GALATEA

Interrumpiéndola.

¿Que da gloria verla? Sí, señora; la misma.

MADAME PEPITA

Con interés.

¿Es de usted?

GALATEA

Y de usted.

MADAME PEPITA

¡Tantas gracias!

GALATEA

¡Menudas tardes de domingo me paso yo allí,
regando las lechugas!

Pausa.

Y á todo esto usted tiene que hacer, y yo la estoy
aquí quitando el tiempo.

MADAME PEPITA

¡No, señora, no!

GALATEA

Sí, señora, sí. Ea, hasta más ver. Quedamos en
eso: dos cuentecitas, ¿eh? Y hasta muy pronto.

MADAME PEPITA

Hasta que la señora quiera.

GALATEA!

Porque me ha sido usted la mar de simpática.

MADAME PEPITA

Señora...

Salen las dos, y al cabo de un instante, vuelve á entrar MADAME PEPITA sola.

MADAME PEPITA

Hablando consigo misma.

Mil pesetas... cuatro mil... mil quinientas... dos facturas... dos blusas de batista. ¡Pues, señor, á este paso, ya puedo ir despidiendo oficiales!

Se acerca á la mesita y examina el muestrario de encajes que ha dejado ALBERTO. Se oye ruido fuera, suena el timbre de la mampara y entra DON GUILLERMO sosteniendo á CATALINA, que viene un poco pálida y asustada: entran también CRISTINA y la oficiala.

MADAME PEPITA

Precipitándose asustadísima al encuentro de su hija.

¿Qué pasa, Catalina? ¡Tú! ¿Qué?

CATALINA

Con mucho sobresalto.

Nada, mamá; si no ha sido nada.

DON GUILLERMO

No se alarme usted, señora.

MADAME PEPITA

Caballero.

CATALINA

Mamá, es don Guillermo.

DON GUILLERMO

La niña... siéntate (Hace sentar á Catalina en una butaca), que ha ido á cruzar la calle y se ha torcido un pie, y ha estado á punto de que la coja un automóvil; pero, por fortuna, no ha sido nada.

CATALINA

Nada...

DON GUILLERMO

El susto natural. Un poco de agua.

Sale CRISTINA.

MADAME PEPITA

¡Tila!

DON GUILLERMO

Con un poco de azahar.

Sale la oficiala.

CATALINA

No, no... si ya estoy bien; es que me he asustado.

MADAME PEPITA

¡Irías, como siempre, pensando en las batuecas!

DON GUILLERMO

¡No la riña usted! Un percance á cualquiera le ocurre.

CATALINA

Insistiendo.

Mamá, es don Guillermo, el señor del segundo.

MADAME PEPITA

Bruscamente.

¡Ya lo he oído!

Con amabilidad á DON GUILLERMO.

Caballero, tanto gusto, y muchísimas gracias.

DON GUILLERMO

No hay de qué, señora; he tenido la suerte de llegar á tiempo y evitar un accidente, que otro hubiese evitado, de no llegar yo.

CATALINA le ha cogido la mano con cariño.

MADAME PEPITA

Pero, siéntese usted. ¡Niña, suelta la mano á este caballero, que le estás molestando!

CATALINA suelta con un poco de susto la mano de DON GUILLERMO.

DON GUILLERMO

Con cariño.

No, por cierto. Aún está un poquitillo nerviosa.

Entra la oficiala con un vaso de agua.
DON GUILLERMO hace beber á CATALINA.

Toma, bebe.

OFICIALA

Le hemos echado un poco de vinagre, porque azahar no había.

MADAME PEPITA

¿Cómo que no?

CATALINA

Dejando de beber y casi atragantándose.

No, mamá, que ayer se lo bebió todo la Gregoria, porque regañó con el novio, y le entró el patatús.

MADAME PEPITA

¡El patatús! ¡Hasta los gatos quieren zapatos!

A la oficiala.

Llévate eso, y á tu obligación.

Sale la oficiala, llevándose el vaso.

CATALINA

En voz baja á DON GUILLERMO.

No se vaya usted.

MADAME PEPITA

¿Qué dices?

CATALINA

Con un poco de susto.

Le digo á don Guillermo que no se vaya.

DON GUILLERMO

Pero yo me retiro, con permiso de usted. Ya sabe usted, señora, que un tramo de escalera más arriba, me tiene usted á sus órdenes. Guillermo de Armendáriz...

MADAME PEPITA

Ya me ha dicho ésta su gracia de usted, y que es usted muy sabio.

DON GUILLERMO

Con sorna.

Se hace lo posible.

MADAME PEPITA

Con admiración.

¡Y académico!

DON GUILLERMO

Sonriendo.

Sí, señora, no he podido evitarlo.

MADAME PEPITA

Con asombro.

¿Eh?

CATALINA

Y que me ha dicho usted que le da lástima que yo sea tan bruta.

DON GUILLERMO

No he dicho eso, porque no lo eres.

MADAME PEPITA

Sí que lo es; pero no tiene ella la culpa, la tengo yo... es decir, tampoco. ¡Qué le va una á hacer! Se pasa una la vida trabajando como una negra para ella, sí, señor, para ganarle cuatro cuartos y que no tenga que pasar lo que ha pasado una en este mundo, y aperreada con el tragin de estos malditos trapos, no puede una ocuparse de que aprenda; y así está ella; pero no crea usted, que bien me duele, porque para una hija que le ha dado á una Dios... ó el demonio, quisiera una que fuese un *non plus ultra*, y bastante sufre una de ver que no lo es. Pero ¿á usted qué le voy á contar, si no sabe usted lo que son hijos? Es decir, puede que sí lo sepa usted; usted dispense, que á lo mejor mete una la pata.

DON GUILLERMO

Sonriendo.

No, señora; no lo sé, per desgracia. Soy solo en el mundo. Cuando era joven se me olvidó casarme; ahora voy para viejo, y ya es un poco tarde para recordar. Los libros tuvieron la culpa; los libros me consuelan de la distracción: no hacen más que cumplir con su deber. Y ya que hemos hablado de esto, y me alegro, ¿quiere usted darme licencia para que yo me ocupe un poco de la educación de Catalina?

MADAME PEPITA

¿Usted?

DON GUILLERMO

¿Por qué no? Somos buenos amigos (A Catalina)
¿verdad?, y ya hemos tenido grandes ratos de char-
la. Yo le he tomado un gran cariño. Ella es inte-
ligente...

CATALINA

Con grandísimo asombro.

¿Yo?

DON GUILLERMO

Y aprenderá deprisa: yo lo fío.

MADAME PEPITA

¿Usted, que es académico, le va á dar lección?

CATALINA

¡Sí, mamá!

DON GUILLERMO

Sí, señora, y tendré en ello una alegría grande.
Como que podré hacerme la ilusión de que esta

ciencia mía, poca ó mucha, que era sencillamente para mi soledad, distracción egoísta, casi vicio, desde hoy en adelante va á servir de algo. ¿Hecho?

MADAME PEPITA

Conmoviéndose.

¡Ay, no sabe usted cuánto se lo agradezco!

Llorando y abrazando á CATALINA.

¡Hija de mi alma!

DON GUILLERMO

Un poco sorprendido.

¡Señora, no se aflija usted, que no es para tanto!

MADAME PEPITA

¡Sí, señor, que me aflijo... es porque usted no sabe, pero somos muy desgraciadas, porque... ya que quiere usted tanto á la niña se lo puedo decir, y además que lo sabe casi todo el mundo... somos muy desgraciadas, porque aquí donde usted nos ve... esta pobre hija mía no tiene padre!... Usted se figurará que soy viuda...

DON GUILLERMO

Señora, no me figuro nada.

MADAME PEPITA

Atropellándose.

Pues, no, señor, que soy casada... es decir, casada tampoco... es decir, sí lo soy; pero lo mismo que si no lo fuera... porque mi marido... es decir, el que yo tenía por marido...

DON GUILLERMO

Señora, no me cuente usted nada... yo no necesito saber...

MADAME PEPITA

Sin tomar aliento.

Es que yo necesito que usted lo sepa, para que cualquier día no vaya usted á pensar... Pues sí, señor: yo soy hija de padres muy honrados; mi madre era primera doncella y mi padre mozo de comedor en casa de los señores condes de la Vega de Lezo, ¿usted no los conoce? pero yo tuve siempre afición á los trapos, y me fuí de modista á Buenos Aires con unas francesas, y allí, bueno, una era joven y tiene corazón, y conocí al padre

de ésta, que por cierto era ruso, y nos casamos, por la iglesia y todo, bueno, sin dar arras, que allí no se estila, y yo creí que era regente de imprenta, y á los dos meses resultó que era duque, sí, señor, duque ruso, y que por su mala cabeza, se había tenido que marchar á América, y se murió su padre, y heredó, y se tuvo que volver á su tierra; y lo peor no es eso, es que era bígamo.

DON GUILLERMO

¿Bígamo?

MADAME PEPITA

Sí, señor... es decir, que ya estaba casado allí en Rusia con una señora de su igual, y se marchó con ella, y cuando vino al mundo esta infeliz, pues no tenía padre.

DON GUILLERMO

¡Todo sea por Dios!

MADAME PEPITA

Y yo seguí cosiendo, y él, cuando llegó á Rusia, pues me mandó dinero, porque eso sí, caballero lo era, y yo me volví á España, y me establecí, y como tengo gusto, aunque me esté mal el decirlo,

hemos ido saliendo adelante, y que él algunas veces dinero me mandaba; pero hace ya que sé yo el tiempo que no manda, y no le he vuelto á ver, y van diez y seis años, y ésta no le conoce, ni le conocerá, porque á saber si vive ó si se ha muerto, y tendrá otros hijos, y una no es ni casada, ni soltera, ni viuda... Ya ve usted si tiene una motivo de afligirse.

DON GUILLERMO

No tanto como usted se figura. Tiene usted salud, tiene usted trabajo, un buen pasar, la conciencia tranquila...

MADAME PEPITA

Eso, sí, señor.

DON GUILLERMO

¿Qué más le va usted á pedir á la vida? Que el amor le hizo á usted una mala jugada... Bah... en cambio, le dejó á usted una hija, una prenda, una razón de vivir; le dió á usted á su tiempo una ilusión... Créame usted... quién sabe... acaso más triste que haber sido engañado por amor, es que no le haya dado á uno el amor ocasión de engañarse... Cómo ha de ser... ea, hasta otro día. Ya sabe usted que cuenta con un amigo.

MADAME PEPITA

Sí, señor... tantas gracias... y usted con una servidora.

DON GUILLERMO

Buenos días.

MADAME PEPITA

Muy buenos.

Sale DON GUILLERMO.

Pausa.

CARMEN

Entrando.

Señora, el comisionista de géneros ingleses que trae los muestrarios.

MADAME PEPITA

Limpiándose las lágrimas.

Que pase á la otra sala, que en seguida voy.

Mirando á CATALINA, que se ha quedado pensativa.

¿Qué estás tú cavilando?

CATALINA

¡Que sí que es triste no ser hija de nadie y no tener padre como todo el mundo!

MADAME PEPITA

Abrazando á su hija.

¡Hija de mi alma!

CATALINA

¡Ay, mamá, qué desdichadas somos!

MADAME PEPITA

Sí que lo somos, hija, sí que lo somos... pero mira (Apartándose un poco, poniéndole las manos sobre los hombros y mirándola á los ojos,) lo único que me consuela de mi desgracia, ¡es que por tus venas corre sangre azul!

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Al levantarse el telón están en escena CATALINA y DON GUILLERMO. DON GUILLERMO pasea de un lado á otro, con la perfecta familiaridad de un hombre que se encuentra en su propia casa. CATALINA, sentada á una mesita con libros y papeles, que se ha instalado á modo de escritorio cerca de uno de los balcones, escribe. Ninguno de los dos habla. Pasado un momento se supone que CATALINA ha terminado su trabajo, porque examina el papel sobre el cual está escribiendo, como si buscase en él alguna falta; después de mirarle concienzudamente, le seca en un papel secante y le deja sobre la mesa. Después se mira con expresión entre desconsolada y filosófica los dedos, que tiene casi todos manchados de tinta, se da saliva en ellos y se los limpia en el pelo, se los vuelve á mirar y se desconsuela un poco más al ver que la tinta no desaparece; se los frota con el delantal y suspira.

DON GUILLERMO

Volviéndose á mirarla.

¿Está ya?

CATALINA

¡Sí señor.

DON GUILLERMO

¿Qué haces?

CATALINA

Que sigue frotándose los dedos.

Los dedos.

Enseña las manos.

Que se me han manchado un poco de tinta.

DON GUILLERMO sonríe.

¡Me da rabia escribir!

DON GUILLERMO

¿Por qué?

CATALINA

¡Porque me pongo las manos perdidas! No sé qué le pasa á la pluma, que no mojo más que un poco y se corre la tinta por el mango, y eso que tengo un trapo, como usted me ha dicho, mire usted, ¡pues cuanto más la limpio, más se corre!

DON GUILLERMO

Paciencia, que todo se andará. ¡Los principios de la sabiduría! (En tono amablemente burlón.) siempre son difíciles. ¡Pero ya verás luego qué bien escribes!

CATALINA

Mirando al papel con desconsuelo

¡Sí, mire usted qué letras! Las eles torcidas, las vueltas de las emes puntiagudas... ¡Eso es lo que me da más rabia!

DON GUILLERMO

Sonriendo.

¿Qué?

CATALINA

¡Eso! Saber una cómo tiene que hacer las cosas y hacerlas al revés. ¡De modo que sabe una y no sabe y se desespera!

Mirando al papel.

Las eles tienen que ser derechas, ¡ya lo sé!, pues me pongo á hacerlas y las hago torcidas; de modo que ¿de qué le sirve á una saberlo?, y ¡claro! cuando hace una las cosas mal porque no las sabe,

dice una: Es que soy bruta. ¡Pero cuando una sabe cómo tiene que hacerlas y no las sabe hacer! ¿qué es una?

DON GUILLERMO

Con benevolencia, acariciándole la cabeza.

Una persona inteligente, que tiene que tomarse el trabajo de vencer unas cuantas dificultades para realizar lo que ha comprendido. Eso, precisamente, es aprender.

CATALINA

Después de una pausa, mirando fijamente á DON GUILLERMO.

Oiga usted, don Guillermo, ¿y para qué sirve aprender?

DON GUILLERMO

Sirve para saber.

CATALINA

Bueno: eso ya lo sé; pero, ¿para qué sirve?

DON GUILLERMO

Sonriendo.

Ahí verás tú. Sirve para muchísimas cosas de las cuales te irás dando cuenta poco á poco; pero aunque no fuese de gran utilidad, siempre sería lo mejor del mundo, porque es lo único que divierte de veras. ¡Si vieras, cuando se ha entrado en el jardín de la Sabiduría, siquiera por la puerta chiquita, qué grandes viajes se hacen, y qué cosas tan entretenidas se ven, sin tenerse que mover de una silla!

CATALINA

Por eso usted, cuando está comiendo, no se enterar usted de si está la comida salada ó sosa, y se ríe usted solo, y se va usted á la calle sin acabarse de abrochar las botas... ¿Verdad?

DON GUILLERMO

Ligeramente amoscado.

¡Miren qué reparón está el tiempo!

CATALINA

No, señor, no es reparo, que no lo digo por mala idea. Es que siempre me fijo en lo que hace usted, porque siempre le estoy á usted mirando; pero no

vaya usted á figurarse que es por criticar, que siempre me parece bien todo lo que usted hace, sí, señor.

DON GUILLERMO

Halagado.

No te apures, mujer. De sobra sé que eres buena persona, y que me quieres bien.

CATALINA

Sí, señor.

Sonriendo con picardía inocente.

Y usted, ¿me quiere á mí?

DON GUILLERMO

¿No lo sabes?

CATALINA

Muy satisfecha.

Si que lo sé. Para otras cosas seré tonta, pero para eso, no. Si que me quiere usted, porque aquel día que subí á su despacho de usted y rompí sin querer aquel cacharro viejo, que usted decía que valía tanto, no me dijo usted nada. ¡Ya ve usted!

DON GUILLERMO

Ya veo: eres todo un psicólogo.

CATALINA

Sí, búrlese usted.

DON GUILLERMO

¡Sí; te quiero, sí! Muchísimo más de lo que tú puedes figurarte y de lo que yo había creído que se podía querer nunca. Mucho más que á la Ciencia y al Arte juntos, conque ¡figúrate!

CATALINA

Después de un momento de silencio.

¿Copio otra vez el verbo?

DON GUILLERMO

No; basta de lección.

CATALINA

Tengo que decirle á usted una cosa.

Se acerca á él misteriosamente.

Ahora vamos á ser muy ricos.

DON GUILLERMO

¿Ricas? ¿Quién?

CATALINA

Mi madre y yo, porque hemos heredado ¡un millón! Se ha muerto mi padre y nos lo ha dejado en el testamento. Ayer nos lo mandaron á decir, y ahora está mi madre á ver al notario. No lo sabe nadie más que don Luis, el conde, que estaba anoche aquí cuando trajeron la noticia. Dice mi madre que vamos á quitar el taller, porque está harta de trapos, y nos vamos á ir al Escorial.

DON GUILLERMO

¿Al Escorial?

CATALINA

Sí, señor; que mi madre tiene unos terrenos y dice que quiere hacer hoteles para alquilarlos y uno para vivir nosotras, con un jardín muy grande y una estufa para criar camelias y una gruta con una fuente dentro...

Suena el timbre de la mampara. CATALINA escucha.

Ya está ahí...

Entra MADAME PEPITA. Viene vestida con traje sastre sencillo, gris ó azul obscuro y con mantilla. Entra un poco sofocada.

DON GUILLERMO

Buenos días, señora.

MADAME PEPITA

Que iba á pasar sin verle, y se detiene.

¡Ay, usted dispense, que no le había visto! Buenos días. Con estos trastornos tiene una la cabeza á las once. ¿Ya ésta le ha dicho á usted...?

DON GUILLERMO

Si, señora, sí.

MADAME PEPITA

Ya ve usted qué disgusto... y cómo me ha cogido... Sin tener una hilacha negra que ponerme. Bien dicen que en casa del herrero cuchillo de palo. Siempre de cabeza por los trapos ajenos y una hecha una zupia. ¿Qué habrá dicho el notario al verme entrar vestida de color para una cosa así?

DON GUILLERMO

Señora, tranquilícese usted, siéntese usted. ¿Qué va á haber dicho? Nada. Cada uno viste como mejor le parece.

MADAME PEPÍTA

¡Ay, no, señor!

Sentándose.

Lo que está bien siempre está bien y á mi me gusta quedar como es debido. ¡Pobrecillo! ¡Acordarse de nosotras á la hora de la muerte!

DON GUILLERMO

No ha hecho más que cumplir con su deber.

MADAME PEPITA

¡Y en esta forma!

Se echa á llorar.

¡Ay, hija de mi alma, tu padre ha sido siempre un caballero! Dicen que ha estado enfermo el infeliz más de dos años, sin poderse mover de un sillón. El pensando en nosotras, y nosotras aquí sin saber nada, tan tranquilas. ¡Hija de mi vida!

Abraza á CATALINA, que pone una cara de circunstancias, lo más angustiada posible.

CATALINA

¡Mamá!

DON GUILLERMO

Apartando á CATALINA.

¡Vamos, vamos: no angustie usted á esta criatura, no se aflija usted tanto!

MADAME PEPITA

Entre lágrimas, con perfecta ingenuidad.

¡Si no me aflijo! A usted se lo puedo decir, que como es usted sabio, lo comprende usted todo.

DON GUILLERMO

Sonriendo.

O casi todo.

MADAME PEPITA

Y esa es la pena grande que tengo. ¡No poderme afligir como es debido! Porque ya ve usted cómo se porta este hombre con nosotras. Y que yo le he querido, ¡sí, señor!, lo mismo que á las niñas de mis ojos; que cuando pasó aquéllo hace diez y siete años y tuvo que marcharse para siempre, ¡le juro á usted que vivo porque venía al mundo esta infeliz! ¡pero más de una vez y más de dos he tenido en la mano la caja de fósforos!

CATALINA

Llorando porque ve llorar á su madre.

¡Mamá!

MADAME PEPITA

Y ahora, que se me muere y me lo dicen (Haciendo pucheros) para poder llorar, como es mi obligación, me tengo que acordar de lo que lloré entonces.

DON GUILLERMO

Les aseguro á ustedes que no tienen obligación ninguna de afligirse. Y aunque la tuvieran, en el corazón no se manda.

MADAME PEPITA

¡En eso sí que tiene usted razón!

DON GUILLERMO

Y empeñarse en sentir lo que no se siente, es una hipocresía, sí, señora, un engaño que intentamos hacernos á nosotros mismos, porque nos mortifica en el orgullo que no responda nuestro sentimiento á lo que habíamos esperado de él. De modo

que si no tiene usted ganas de llorar al difunto, no le llore usted, que las lágrimas que no salen del corazón, estropean mucho los ojos, y no van á ninguna parte.

MADAME PEPITA

Cómicamente.

¡Es que usted no sabe cómo he querido yo á ese hombre!

DON GUILLERMO

Sí, señora. Pero el amor que le tuvo usted, se ha evaporado lo mismo que un frasco de perfume que hubiera usted tenido guardado en un armario tiempo y tiempo. Hoy ha hecho usted limpieza, le ha ido usted á buscar ¡y no existe! Se le ha olvidado á usted, se ha disipado, se ha curado usted de él, lo que á usted más le agrade. ¡Mire usted, la materia de que estamos hechos va cambiando poquito á poquito, pero sin cesar, hasta el punto que hay quien asegura que al cabo de siete años no nos queda en el cuerpo ni un sólo átomo de los que le formaban. ¡Calcule usted en más de diez y seis! De toda aquella carne y aquella sangre que ardieron y temblaron de amor, ya no queda ni rastro; usted, no es usted, señora; usted es otra, y no tiene usted nada que ver con aquello.

MADAME PEPITA

Exageradamente sentimental.

¿Y el alma, don Guillermo?

DON GUILLERMO

¡Uy! ¡El alma se acuerda vagamente de lo que el cuerpo le hizo sentir, pero no puede seguir sintiéndolo!

MADAME PEPITA

Muy convencida.

De todos modos, nos tenemos que hacer ropa negra.

DON GUILLERMO

Eso me parece muy puesto en razón, si á ustedes les divierte.

MADAME PEPITA

Es por respeto al qué dirán. Al fin y al cabo hereda una un millón.

DON GUILLERMO

Sí, es una cantidad muy respetable.

MADAME PEPITA

Á CATALINA.

¡Anda, hija, dile á Carmen que te corte una blusa del crespón de las batas de la señora baronesa, que yo no estoy para pensar en nada!

CATALINA

Sí, señora; hasta luego, don Guillermo.

DON GUILLERMO

Yo también voy á dar un paseíto.

CATALINA

Pero, ¿vendrá usted á comer con nosotras?...

DON GUILLERMO

Ya comí ayer, y creo que anteayer, y el domingo, si no recuerdo mal... y estamos á miércoles...

CATALINA

¿Y eso qué? Por lo mismo. ¿Verdad, madre?

MADAME PEPITA

Verdad. Cuando no viene usted parece que falta algo en la mesa...

DON GUILLERMO

Ea, pues siendo así, vendré. Hasta luego... Señora, acompaño á usted en el sentimiento, aunque, después de todo, que sea enhorabuena.

MADAME PEPITA

Sí, señor.

Afligiéndose cómicamente,

¡Qué le vamos á hacer!

CATALINA

Que sale á acompañar á Don GUILLERMO, cogiéndole la mano, como fuera su padre.

Tráigame usted merengues.

DON GUILLERMO

Sí, hija, sí.

Ha sonado el timbre de la mampara y al ir á salir DON GUILLERMO acompañado de CATALINA, se cruzan en l

puerta del salón con DON LUIS, que entra. Los dos hombres muestran en el gesto, al verse, el desagrado que tanto á uno como á otro produce la respectiva presencia en la casa de cada uno de ellos, pero de diferente modo; el marqués aparta la vista con afectación de tolerancia desdeñosa; DON GUILLERMO le mira de arriba abajo fijamente y con marcadísimo desprecio: se saludan; el conde con afectación de cortesía. DON GUILLERMO entre dientes y de muy mal talante.

DON LUIS

Buenos días, señor de Armendáriz.

DON GUILLERMO

Entre dientes, sin detenerse.

Muy buenos.

Sale con CATALINA.

DON LUIS

Esperando á que DON GUILLERMO haya desaparecido.

¿Pero este buen señor se pasa aquí la vida?

MADAME PEPITA

Conciliadora.

Viene á dar lección á la niña.

DON LUIS

¡Hum!

Como si hablase consigo mismo
pero con evidente deseo de que ella le
oiga.

Me da mala espina tanta asiduidad.

MADAME PEPITA

¿Por qué?

DON LUIS

Con importancia.

Ya hablaremos de eso. Pero antes vamos á lo
que importa. ¿Has descansado? ¿Te has repuesto
de la emoción de anoche?

MADAME PEPITA afirma con la ca-
beza.

¿Has cobrado?

MADAME PEPITA

Sí, señor.

DON LUIS

¿Y qué has hecho con el dinero?

MADAME PEPITA

Pues, según lo he cogido, irlo á depositar en el Banco. El mismo notario me ha acompañado, porque me daba miedo ir sola por la calle con una cantidad semejante.

DON LUIS

Y ¿no te has quedado con nada?

MADAME PEPITA

No, señor conde; ¿para qué?

DON LUIS

Mal hecho. En estos casos de testamentarias siempre se originan gastos imprevistos, y es conveniente tener dinero á mano.

MADAME PEPITA

Eso pensaba yo; pero, no, señor. Me ha dicho el notario que ya venían todos los gastos hechos: el pobrecito mío (Conmoviéndose.) lo arregló todo allá en su tierra, para que yo aquí no tuviese más que cobrar.

DON LUIS

De todos modos... yo sé lo que me digo... ¿Tienes ahí cuatrocientas pesetas?

Sin darle tiempo á asombrarse.

Son para el primer plazo de un negocio que quiero que hagas. ¡Magnífico! Figúrate un terreno, precisamente al lado de los que tú ya tienes en El Escorial, y que lo venden por una friolera. Un amigo mío que está en un grave apuro.

MADAME PEPITA

Interesada.

¿Y dice el señor conde que es bueno?

DON LUIS

¡Regalado! ¡Te digo que regalado! Si lo dejas perder, estás loca, y lo pierdes, si no le das hoy mismo las cuatrocientas. ¡Lástima de negocio! ¡Si yo las tuviera!

MADAME PEPITA

Sacando de la bolsa un talonario de Banco, flamante.

Bueno; firmaré un cheque.

Se sienta en la mesa y empieza á extender el cheque.

DON LUIS

Tienes la gran suerte. Bien dicen que dinero llama dinero. Mira, firma quinientas, por si acaso.

MADAME PEPITA

Levantándose, después de extender el cheque.

Aquí está,

DON LUIS

Muy solícito.

Ahora deja que yo te firme un recibito.

MADAME PEPITA

No faltaría más; me ofende el señor conde.

DON LUIS

Sin insistir.

Como quieras. Pero permite que te dé un consejo. Esta confianza que conmigo tienes, porque puedes tenerla, no la tengas con nadie. Es pre-

ciso que vivas muy sobre aviso: eres rica, y el mundo está plagado de gentes sin conciencia. Te engañarán, te saquearán, acudirán al olor de tus millones, lo mismo que moscas á la miel. Explotarán tu corazón generoso; yo he abusado de él muchas veces, Pepita.

MADAME PEPITA

¡Ay, no diga eso el señor conde!

DON LUIS

Sí, Pepita; llevado por la negra necesidad, pero lo cierto es que he abusado. Ya ves cómo la Providencia te paga con creces tus buenos sentimientos. Eres muy rica.

Fingiendo emoción.

¡Y yo me alegro de ello, bien lo sabe Dios, aunque esta inesperada riqueza tuya me obliga por delicadeza á renunciar á un sueño que estos últimos tiempos había acariciado con deleite!

MADAME PEPITA

Intrigada.

¿A renunciar á un sueño?

DON LUIS

Fingiendo una gran dignidad desolada.

No hablemos de ello. ¡Tristezas de la vida!

MADAME PEPITA

Pero, ¿el señor conde no me puede decir...? Ya sabe el señor conde que le tengo cariño y que soy discreta...

DON LUIS

Sí... después de todo... ¿por qué no?... ahora que ya es completamente imposible, ¡qué más da que lo sepas! ¿Tú no has observado que entre tu Catalina y mi Augusto hay una simpatía... calurosa?

MADAME PEPITA

Sofocada por la sorpresa y la alegría.

¡Entre... el señor vizconde... y mi hijal

DON LUIS

Sí.

MADAME PEPITA

No, señor conde. No había reparado.

DON LUIS

Estás ciega, Pepita; yo hace tiempo que vengo sospechándolo; pero ahora estoy seguro. Apurado por mí, casi ha llegado á confesármelo. ¡Y no me extraña, no! Tu hija es una chiquilla original, imprevista, graciosa, ¡y él es tan artista! Era inevitable.

MADAME PEPITA

Pero es... perdone el señor conde... á mí me parecía que el señor vizconde... lleva una vida un poco...

DON LUIS

Fingimiento, hija mía, desesperación. Así somos los hombres. ¡Una pena de corazón nos lleva á los peores extravíos! Y como él se encontraba arrastrado por un amor que creía imposible, porque, naturalmente, pensaba que yo nunca consentiría... con nuestros pergaminos! Sois muy buenas las dos, pero tu hija no tiene más que madre.

MADAME PEPITA

Sollozando.

¡Es verdad!

DON LUIS

No te angusties. Yo, tratándose de una verdadera pasión, hubiera sabido sobreponerme á todo prejuicio. La vida me ha dado lecciones muy duras; pero ahora...

MADAME PEPITA

Anhelante.

¿Ahora?

DON LUIS

Ahora es completamente imposible. Se ha puesto por medio el vil metal. Sois ricos, somos pobres. Dirían que íbamos buscando el dinero, ¡y eso, nunca!

MADAME PEPITA

Pero, señor conde...

DON LUIS

¡Eso nunca! No podré acostumbrarme á la idea ... por lo menos en muchísimo tiempo. ¡Lástima me da el pobre muchacho! Además, habría otro inconveniente.

MADAME PEPITA

¡Otro!

DON LUIS

Y muy grave. ¿Qué papel representa en esta casa el señor del segundo?

DON LUIS

Ya he dicho al señor conde que viene á dar lección á Catalina.

DON LUIS

Y á comer y á cenar y á pasarse la vida con vosotras.

MADAME PEPITA

Es que quiere muchísimo á la niña.

DON LUIS

¡Malo!

MADAME PEPITA

Y nosotras, la verdad sea dicha, también le hemos tomado cariño.

DON LUIS

Peor.

MADAME PEPITA

Y es un caballero muy bueno y muy decente.

DON LUIS

Sí, lo será; pero eso es lo de menos; no se trata de él, sino de vosotras. Las visitas asiduas de ese hombre os comprometen. Tú estás todavía de muy buen ver...

MADAME PEPITA

Como que no tengo más que treinta y siete años.

DON LUIS

Tienes, además, un pasado, no por tu culpa, ciertamente, pero un pasado que no quiero calificar.

MADAME PEPITA

¡Ay, señor conde!

DON LUIS

Tienes una hija que ya es una mujer. Y ese caballero se toma en esta casa libertades que sólo corresponden á un padre ó á un marido.

MADAME PEPITA

¡Le aseguro á usted que no ha pasado nada!

DON LUIS

Hablo de libertades morales. Y yo no puedo autorizar con mi amistad una situación equívoca á todas luces. Yo he soñado un momento con unir ciertas cosas...; pero comprenderás que un nombre como el mío se empaña con la más leve sospecha, y no puedo aceptar... En fin, tampoco quiero ejercer una fiscalización en tus actos que pudiera parecer interesada. ¡No! Tú harás lo que mejor te plazca en esto como en todo; pero si ese señor académico continúa frecuentando esta casa, yo me retiraré dignamente y sintiéndolo mucho, Pepita, hija mía, pero me retiraré.

MADAME PEPITA

Pero, señor conde.

DON LUIS

Y me retiro. Voy á llevar el dinero á mi amigo, porque, eso sí, tus intereses son para mí sagrados. Si acaso necesitas un consejo, acude á mí... ya sabes dónde vivo; pero mientras la situación no se despeje, aquí estoy yo de más... no te molestes... ea, hasta más ver... y medita, medita en lo que hemos hablado.

Sale.

MADAME PEPITA queda como anadada entre la confusión, la esperanza, el orgullo de que su hija pudiera ser condesa.

MADAME PEPITA

Mi hija... el vizconde... no puede ser... pero sí puede ser... ¡Catalina! ¡Catalina!

CATALINA

Apareciendo en la puerta.

¿Qué manda usted, mamá?

Viendo la agitación de su madre.

¿Se ha puesto usted mala?

MADAME PEPITA

¡Sí... es decir, no! Ven acá... mírame. ¿A ti te gustaría ser condesa?

CATALINA

Condesa yo, ¿por qué?

MADAME PEPITA

¿Te gustaría ó no te gustaría? ¡Responde!

CATALINA

¡Yo qué sé!

MADAME PEPITA

Pero dime la verdad, ¿estás enamorada?

CATALINA

¿Yo? ¿Enamorada, yo?

MADAME PEPITA

¿Tienes novio?

CATALINA

Con susto.

¡No, señora, no! Novio no tengo.

MADAME PEPITA

Pero te gusta un hombre, ¿verdad? ¿Tienes cariño á un joven? ¿simpatía?

CATALINA

No, señora... es decir... simpatía... No, no, no.
¡No, señora... yo no le tengo simpatía á nadie!

Suena el timbre y entra GALATEA como un torbellino.

GALATEA

Entrando.

¿Dónde está? ¿Dónde está? Un abrazo, otro, otro.

Á CATALINA.

A tí también.

Abraza á madre é hija frenéticamente.

Que sea enhorabuena. ¡Ay, no sabe usted lo que me he alegrado cuando lo he sabido! ¡Un millón! ¡Un millón! Será de pesetas, ¿verdad, usted?

MADAME PEPITA

De francos.

GALATEA

A siete y medio están; no es mucho, pero en una cantidad como esa (Reflexiona un momento.) más de quince mil duros sale usted ganando. ¡Ya me podía á mi caer el pico! ¡Pero que si quieres! Usted supo lo que se hacía ¡ruso! A mí siempre me da por la gente de mi tierra, que es Madrid, y buena está mi tierra. ¡Digo, usted lo sabrá mejor que yo! Me alegro más que haya heredado usted por lo de las facturas de mi ropa. ¡Valiente chasco nos dieron á las dos el padre y el hijo! Mire usted que no haberles podido sacar ni una cochina perra. El hijo bueno está, porque... bueno, porque es una tonta perdía, pero lo que es el viejo, le aseguro á usted que me lo está pagando. Por ahí se pasa el día detrás de mí, haciendo el ridículo, porque está el hombre chocho del tó, pero lo que es yo...

MADAME PEPITA

A CATALINA que está oyendo con la mayor atención.

Niña, anda á ver si te prueban la blusa.

GALATEA

¡Sí, hija, sí; vete. ¡Tiempo te quedará de ir aprendiendo el plato de dulce que son los hombres!

Sale CATALINA.

Esta tiene suerte, que desde chica se ha acordado Dios de ella y no tendrá que andar aperreada como usted y como yo. Ahora, lo que tié usted que hacer, es aguzar la vista, no venga un niño tonto al olor del parné. ¡Le digo á usted que estando el mundo lo perdió que está, no sé qué le trae peor cuenta á una mujer, si tener dinero ó no tenerlo, porque ¡también es gracia que venga un hombre con sus manos lavadas, y se case con una mujer rica, y se gaste con otra lo que es de ella!

MADAME PEPITA

Relamiéndose.

¡Hay hombres para todo!

GALATEA

Y pa un poco más, sí, señora: ¡dígamelo usted á mí!

MADAME PEPITA

Oiga usted... y usted que es mujer práctica, ¿por qué no deja usted sus relaciones con el señor vizconde?...

GALATEA

¿Con Augusto? ¡En jamás de la vida!

MADAME PEPITA

Porque á mí me parece... vamos, que esa... amistad no le conviene á usted.

GALATEA

¡No me lo diga usted, no me lo diga usted, que lo sé yo de sobra!

MADAME PEPITA

¿Entonces?...

GALATEA

¡Qué me ha de convenir, si resulta que no tiene pa mandar cantar á un ciego! Le digo á usted que es mi perdición, pero le tengo ¡ley... No crea usted, que la mar de veces he estao pensando en acabar

de golpe sin decirle palabra, y en marcharme á París, porque ojos que no ven, corazón que no siente...

MADAME PEPITA

¿Y por qué no se marcha usted?

GALATEA

¡Porque no! Lo pienso, pero no pué ser. Luego me entra así un reconcomio, como si hubiera hecho algo malo... y le quiero más. Ya ve usté, anoche, sin ir más lejos, se me ocurrió, y á poco tomo el tren.

MADAME PEPITA

¿Sí? ¿Y qué?

GALATEA

¡Na! lo mismo de siempre. ¿Qué dirá usté que llevo aquí? Pues llevo una docena de corbatas, que acabo de comprar pa él, porque cuando me ha dao el arrechucho de dejarle con la sombra en prenda, aunque él no lo sepa, hasta que le regalo algo, no me quèdo tranquila.

MADAME PEPITA

Suspirando.

¡Todo sea por Dios!

CARMEN

Entrando.

Señora. La señora de la calle de Lista, que si le puede usted mandar los figurines para elegir modelo de las batas sueltas, que ya sabe usted que le corren prisa.

MADAME PEPITA

¡Ay, sí, pobre señora: se me había olvidado! ¡Con estos agetreos!

GALATEA

Ea, pues yo me marchó. Repito la enhorabuena. Me ha dicho el viejo que quita usté el taller. Si hace usté liquidación de verdá, puede que me quede con algo. Vaya usté, que yo ya sé el camino.

Sale MADAME PEPITA por una puerta, y GALATEA, después de arreglarse un poco el sombrero en el espejo, va á salir por la otra, á tiempo que entra AUGUSTO.

Sorprendida.

¡Augusto!

AUGUSTO

¡Galatea! ¿Tú aquí? ¿A qué has venido?

GALATEA

A dar la enhorabuena á Madame Pepita, pero ya me marcho.

AUGUSTO

¿Por qué no estabas anoche en tu casa?

GALATEA

¡Porque había salido!

Sonriendo.

AUGUSTO

Sí, pero ¿dónde? ¡Sin dejar recado! ¡Te estuve buscando por todo Madrid como un loco! ¿Es que ya no me quieres?

GALATEA

Sonriendo

Así, así...

AUGUSTO

¿Por qué?

GALATEA

¡Ahí verás tú!

AUGUSTO

¿Me esperarás luego, eh?

GALATEA

Con cariño.

¡Tonto!

AUGUSTO

Eso es. Yo voy aquí á ajustar una cuenta con Pepita. Hasta luegoito, ¿eh? Mira, no tardo nada. Mejor será que me esperes abajo en el coche, y vamos juntos á comprar esa sortija que te gusta tanto... aunque quería darte una sorpresa...

GALATEA

Yo también me he acordado de tí.

AUGUSTO

¿De veras?

GALATEA

Dándole el paquetito de las cor-
batas.

Toma.

AUGUSTO

Va á abrir el paquete.

¿Qué es?

GALATEA

¡No! No lo mires hasta que estés solo.

AUGUSTO

Besándole la mano.

¡Eres un ángel!

GALATEA

Adiós, no venga gente.

Sale GALATEA.

AUGUSTO

Despues de dar una discreta y rápi-
da ojeada al espejo.

¿Qué será esto?

Abre el paquete.

¡Corbatas!

Enterneciéndose.

¡Pobrecilla! En esto de colores tiene la infeliz un gusto un poco... extravagante; pero ¡cómo me quiere (Besa una corbata.) y cómo la quiero!

Se queda ensimismado.

Entra MADAME PEPITA: al ver á AUGUSTO se sorprende agradablemente.

MADAME PEPITA

Acercándose á AUGUSTO.

Señor vizconde... señor vizconde...

AUGUSTO

Como volviendo en sí y guardando las corbatas.

Perdona, hija...

MADAME PEPITA

¿Está el señor vizconde preocupado?

AUGUSTO

Más que preocupado; triste, desesperado...

MADAME PEPITA

Con piedad.

Pero, señor vizconde...

AUGUSTO

¡Necesito setecientas pesetas! Si tú no me las das, hago un disparate. Ya sé que has heredado un millón, pero no vayas á creer que te las pido por eso, ¡no! Aunque no lo hubieras heredado, te las pediría lo mismo. ¡Esta vida es una porquería!

MADAME PEPITA

¡Tranquilícese el señor vizconde!...

AUGUSTO

¡Y todo por tener corazón! Dicen que ya no es moda tener corazón, que ya nadie le tiene, pero yo le tengo, y me pierde!

MADAME PEPITA

El corazón es una cualidad muy estimable.

AUGUSTO

Sí, pero muy cara. ¡Dios mío! ¿Por qué no podrá uno vivir sin mujeres, y por qué las mujeres no podrán vivir sin dinero?

MADAME PEPITA

No se desespere el señor vizconde... todo llega en el mundo, hasta lo que parece más imposible... Cuando tenga una pena el señor vizconde, acuda siempre á mí...; como he sufrido mucho en este mundo, sé comprender las cosas...

AUGUSTO

Así lo hago, hija mía... ya lo ves... ¿Me das las setecientas pesetas? ¡Mira que te las pido con verdadera desesperación!

MADAME PEPITA

No faltaría más, señor vizconde. Espere un momento el señor vizconde y le firmaré un cheque.

Sale. AUGUSTO pasea con satisfacción y se mira un instante al espejo. Entra por la puerta de la izquierda CATALINA, y sin hacerle caso, porque no le ve, se dirige á la mesa donde están sus papeles, pero tropieza con él, que está distraído mirándose al espejo.

CATALINA

¡Ay, usted dispense!

AUGUSTO

Ya podía usted llevar un poquito más de cuidado.

CATALINA

Y usted también; mira el pollo éste.

Le hace una mueca, y él la ve en el espejo.

AUGUSTO

Oiga usted, niña; á mí no tiene usted que hacerme muecas.

CATALINA

Si no estuviera usted mirándose al espejo, no lo hubiera usted visto.

AUGUSTO

Mejor sería que se mirase usted un poquito más.

CATALINA

¿Para qué?

AUGUSTO

Para que no llevara usted esas greñas de perro faldero.

CATALINA

No, que voy á llevarlas como usted, pegadas con goma...

AUGUSTO

Bueno, bueno, niña; déjeme usted en paz.

CATALINA

¿Quién habla con usted?

Se sienta á la mesa, y abriendo una cartera de dibujo se pone á copiar con aplicación un mapa. AUGUSTO pasea sin hablar: de cuando en cuando se lanzan miradas de mutuo desprecio. Entra MADAME PEPITA con el cheque, los mira con satisfacción é ilusión maternal.

MADAME PEPITA

Entrando.

¡Pobrecillos, están cohibidos; pero qué parejita más aparente hacen!

Dirigiéndose á AUGUSTO.

Aquí está el cheque, señor vizconde.

AUGUSTO

Que Dios te lo pague... es decir, te lo pagaré yo, te lo juro. ¡Quiero regenerarme, tener dinero, sea como sea; creo que hasta de trabajar soy capaz por amor, Pepita! Buenos días.

Sale sin mirar á CATALINA.

MADAME PEPITA

Conmovida.

¡Por amor!

Mirando á su hija.

¡Pobre muchacho!

ALBERTO

Apareciendo en la puerta.

¿Se puede?

MADAME PEPITA

¿Qué quieres tú?

ALBERTO

Mi principal, que tengan ustedes la bondad de devolverme los muestrarios de punto de Inglaterra y de galones de oro.

MADAME PEPITA

¡A saber dónde estarán ahora!

ALBERTO

Es que los necesita sin falta para un pedido nuevo.

MADAME PEPITA

Bueno, espérate, que ahora te los traerán... si los encuentran.

Sale.

Se quedan solos CATALINA y ALBERTO; se miran, se sonríen, pero ella sigue trabajando.

ALBERTO

Tímidamente.

Buenos días, señorita.

CATALINA

Muy buenos.

Pausa. Ella continúa trabajando y él está en pie sin dejar de mirarla.

Pero... siéntese usted.

ALBERTO

Muchas gracias: es usted muy amable.

Se sienta al otro extremo de la habitación. Pausa.

¿Está usted dibujando?

CATALINA

Sonriendo con timidez.

No: dibujar no sé; estoy copiando un mapa.

ALBERTO

Sin saber lo que se dice.

¿Ah, un mapa?...

CATALINA

Sí, señor, el de Europa.

Pausa. CATALINA dibuja con aplicación y chupa el lápiz.

ALBERTO

Levantándose.

Señorita... Hágame usted el favor de no chupar el lápiz.

CATALINA

¿Eh?

ALBERTO

Y usted dispense si me meto en lo que no me importa... pero es que me ataca á los nervios.

CATALINA

Afligiéndose.

Porque está muy feo, ¿verdad?

ALBERTO

Con efusión.

¡No, no; usted no es capaz de hacer nada que esté muy feo! Porque... porque... sí!

Nueva pausa. CATALINA sigue dibujando, y rompe la punta del lápiz.

CATALINA

Ea, ya se rompió la punta.

Con el cortaplumas saca, con muchísimos trabajos, una punta horrorosa y la mira suspirando.

ALBERTO

Volviendo á levantarse vivamente.

Usted perdone, la punta de un lápiz no se saca así. Se saca así.

Con rapidez y facilidad saca al lápiz una punta primorosa.

Ya está.

CATALINA

Con admiración.

¡Ay, qué bonita! ¡Qué maña tiene usted!

ALBERTO

No es maña... es la costumbre... el oficio...

CATALINA

Es verdad que es usted dibujante... y pintor...
¿Pintará usted cuadros?

ALBERTO

No, señorita, no. Quisiera pintarlos, pero no los pinto.

CATALINA

¿Y por qué?

ALBERTO

Porque... no... porque soy pobre... y soy hijo de viuda...

CATALINA

Interrumpiendo con embeleso.

¡Como yo!

ALBERTO

Que no se ha detenido por la interrupción de ella.

...y tengo seis hermanos más pequeños, y m

madre, que es maestra de escuela la pobre, ahí en un pueblo, dice que el ser pintor es oficio de ricos, y se empeña en que yo esté de dependiente en «La Sultana» porque el principal es tío mío, y tiene la esperanza ¡loca, porque no se muere nunca! de que como es soltero, me dejará la tienda y seremos ricos, y mis pobres hermanos saldrán adelante... ¡Ay, usted perdone, á usted no le interesa nada de esto!

CATALINA

Muy seria.

¡Sí, señor que me interesa mucho!

ALBERTO

Y aquí me tiene usted con mis veintidós años, trayendo y llevando metros de encaje ¡feo! á casa de modistas que no entienden una palabra de arte. ¡Ay, usted dispense!

CATALINA

Y á usted, ¡claro!, le gustaría más pintar cuadros.

ALBERTO

Exaltándose.

Cuadros maravillosos, nunca vistos, llenos de

luz, de sol, de agua de mar, de espacio, de cielo azul de Italia. ¡Ah, Italia, Roma, Roma!

CATALINA

Con ingenuidad.

Roma está aquí en el mapa.

ALBERTO

¡Está en el Paraíso!

CATALINA

¿Y dice usted que tiene el cielo muy azul?

ALBERTO

¡Como que lleva dentro todo el sueño de los que suspiramos por ella!

CATALINA

¿Sí? Pues mire usted, yo no lo sabía; pero con tinta azul le he puesto el nombre.

ALBERTO

¡Póngale usted con oro y piedras preciosas!

CATALINA

¿Y por qué no va usted, si tanto le gusta? Mire usted, por aquí, todo seguido, hay un ferrocarril, y también se puede ir en un barco, atravesando el mar.

ALBERTO

Pero el barco y el ferrocarril cuestan dinero, y yo no lo tengo.

CATALINA

¿Dinero?, por eso no se apure usted. ¿Como cuánto le haría á usted falta? Porque se lo podíamos pedir á mi madre.

ALBERTO

¡A su madre de usted! No, señora. ¡Imposible! ¡Qué locura!

CATALINA

¡Quiá, no lo crea usted, si todo el mundo se lo pide! Y, además, ahora vamos á ser muy ricos: hemos heredado un millón, y está en el Banco, y con sólo firmar un papel le dan á una todo lo que quiere.

ALBERTO

Es usted un corazón generoso, un alma noble..., muchas gracias; pero no puede ser... de todos modos, yo no olvidaré nunca este arranque de usted, nunca, nunca. ¡Déjeme usted que le diga mi agradecimiento, que me arrodille delante de usted, que le bese las manos!

CATALINA

Escondiendo con mucho apuro las
manos.

No, señor, no...

ALBERTO

¿Por qué?

CATALINA

Porque... porque las tengo manchadas de tinta.

ALBERTO

Cogiéndole las manos.

¿Qué importa? Son bonitas, son buenas, son manos de mujer generosa, que sabe comprender y amparar...

CATALINA

Después de una pausa.

¿Y se va usted á quedar sin ir á Roma?

ALBERTO

¡No, señora, no! Sea como sea, iré. Tengo un proyecto: aunque estoy preso, como quien dice, trabajo todo lo que puedo, estudio por la noche, voy á clase á copiar del natural. A las primeras oposiciones para Roma que haya, me presentaré, y ganaré la plaza, ¡ya lo creo! y me iré aunque llore mi madre, y volveré hecho un pintor de veras; ¡ya verá usted, ya verá usted qué cuadros mando desde allá!

CATALINA

Con un poco de angustia.

Claro, pintará usted mujeres muy bonitas...

ALBERTO

¡Ya lo creo!

CATALINA

De esas... vamos, de esas que tienen... silueta, como usted dice, y línea...

ALBERTO

Y á la vuelta, cuando sea famoso, pintaré su retrato de usted.

CATALINA

¡Mi retrato!

ALBERTO

¡Y ganaré con él la medalla de honor; sí, señora!

CATALINA

Pero es que yo... dice mi madre... (Se mira de arriba á abajo) no, y tiene razón... que soy muy trazotas...

Casi llorando.

ALBERTO

¿Usted?

CATALINA

Y no me sé vestir, ni peinar.

Llorando.

¡Ya ve usted!

ALBERTO

También muy emocionado.

¡No, no, señora... usted... no! Si es usted muy... sí, señora... Sí (Atragantándose y también casi á punto de llorar), tiene usted... muchísimo carácter.

CATALINA

Sobrecogida de emoción, sorpresa y alegría.

¿Yo?

Entra CRISTINA con dos muestrarios, y al principio no ve á ALBERTO.

CRISTINA

¿Se ha marchado ese?

ALBERTO

Separándose de CATALINA.

¿Quién?

CRISTINA

¡Ah! ¿Está usted ahí? Que aquí están los muestrarios, y que no vuelva usted á traer nada, porque la maestra va á quitar el taller.

ALBERTO

Sí, señora. Está bien.

Sale la aprendiz. ALBERTO va á hablar á CATALINA, pero entra DON GUILLERMO cargado con dos ó tres paquetes y una botella de champagne envuelta en un papel; entonces cambia de intención, y saludando precipitadamente, sale.

Muy buenos días.

CATALINA no responde, porque no puede.

DON GUILLERMO

Retirándose á un lado para dejar salir á ALBERTO.

Buenos días.

Le mira un momento con curiosidad.

Aquí están tus merengues.

Da un paquetito á CATALINA, que lo toma maquinalmente y se queda con él en la mano.

¿Quién es ese muchacho que sale con esa cara de susto?

CATALINA

Atragantándose un poco.

El que viene á traer los encajes de la tienda de sedas.

DON GUILLERMO ha dejado los demás paquetes encima de la mesa.

Oiga usted, don Guillermo: el ser pintor, ¿es oficio de personas decentes?

DON GUILLERMO

¡Es más que oficio: es arte!

CATALINA

¿Pero es bueno ó malo?

DON GUILLERMO

Si se pinta bien, excelente.

CATALINA

¿Y si se pinta mal?

DON GUILLERMO

Si se pinta mal..., si se pinta mal, no le llevan á uno á la cárcel, pero le debieran llevar.

CATALINA

Con susto.

¿Sí? Oiga usted. ¿Es difícil que le den á un pintor el premio de las oposiciones á Roma?

DON GUILLERMO

En las primeras que haya lo será, porque presidiré yo el tribunal.

CATALINA

Entre susto y alegría.

¿Usted?

DON GUILLERMO

Sí. Pero, ¿qué interés te ha entrado á ti de pronto por la pintura?

CATALINA

Ya se lo diré á usted luego. Oiga usted Cuando un pintor dice de una persona que tiene muchí-

simo carácter, ¿quiere decir que es fea ó que es bonita?

DON GUILLERMO

Ni fea ni bonita; quiere decir que tiene algo muy suyo, original, una fisonomía extraña que la distingue de todas las demás, y la hace interesante.

CATALINA

Pero, ¿es bueno ó malo?

DON GUILLERMO

Es más bien bueno. ¿Pero?...

CATALINA

Espere usted, tengo que preguntarle á usted otra cosa. ¿Cuando una es rica, tiene que ser además condesa?

DON GUILLERMO

Con alarma.

¿Condesa? ¿Cómo? ¿Por qué?

CATALINA

Por nada; porque mi madre me ha preguntado antes que si me gustaría serlo á mí.

DON GUILLERMO

Con alarma cada vez más creciente.

¿Que te lo ha preguntado? ¿Cuándo?

CATALINA

Antes, cuando usted se marchó; después que estuvo hablando con el señor conde.

DON GUILLERMO

¡No, no es posible!

CATALINA

¿Qué?

DON GUILLERMO

Con agitación.

¡Que no, que no hay que ser condesa! ¡Eso es un desatino! ¡Y tú no lo serás, no lo serás!

CATALINA

No, señor. ¡Si á mi me da lo mismo!

DON GUILLERMO

Paseando y hablando para sí.

¡No faltaría más! ¡Eso va de mi cuenta!

CATALINA

Acercándose á él con timidez y cariño.

Pero... don Guillermo, ¿qué le ha pasado á usted? ¿He dicho algo malo? ¿Se ha disgustado usted conmigo?

Le besa la mano,

DON GUILLERMO

No, hijita, no. Perdona.

La acaricia suave y paternalmente

Cosas mías. Tranquilidad (A sí mismo) serenidad. Ea, no te apures, que no pasa nada.

CATALINA

Mirándole á los ojos con cariño para
ver si es verdad que está tranquilo.

¿Quiere usted que le traiga el gorro y las zapa-
tillas?

Entra MADAME PEPITA y al ver á
DON GUILLERMO se queda un poco des-
concertada.

DON GUILLERMO

Con naturalidad y amabilidad.

Aquí me tiene usted. ¿Se come?

MADAME PEPITA

Con desconcierto.

Sí... señor.

DON GUILLERMO

Ea,

Dándole un paquetito.

Aquí tiene usted para endulzar las penas: biz-
cochitos borrachos de los que á usted le gustan.
Y aquí una botellita de *champagne* para que nos
alegremos los tres en amor y compañía.

MADAME PEPITA

Cada vez más desconcertada.

Sí, señor, sí...

DON GUILLERMO

Dando la botella á CATALINA.

Toma, llévatela y la pones en hielo. ¡Ah! llévate también esto.

Le da otro paquete.

Es mi golosina, mis patatitas fritas á la inglesa. ¡Lo único en que no acierta con mi gusto esta cocinera de ustedes!

Sale CATALINA.

No rompas la botella.

Mirando á MADAME PEPITA con amabilidad confiada.

Pues, señor, esta casa es mi vicio: sí, mi señora doña Pepita, se han apoderado ustedes por completo de este pobre sabio. Yo, que no había creído nunca en la necesidad de la familia, ahora no podría vivir sin esta ilusión de familia que ustedes me prestan. Van á tener ustedes que echarme á escobazos cualquier día de estos.

MADAME PEPITA

Con mucho 'apuro, pero vencién-
dose á fuerza de voluntad.

Mire usted... don Guillermo... de eso, precisa-
mente... quería yo que hablásemos.

DON GUILLERMO

Con sorpresa grandísima.

¡Eh!

MADAME PEPITA

Que casi no puede hablar.

Sí, señor... ahora que no está delante la niña.

DON GUILLERMO

Muy serio de pronto.

¿Qué es ello?

MADAME PEPITA

Verá usted..., pero no se ofenda usted, que no
es nada malo..., es decir, desagradable, sí es, para
mí, sobre todo, don Guillermo, porque... vamos,
ha sido usted muy bueno con nosotras, y lo que
ha hecho usted y hace con la niña no se lo pagare-

mos á usted nunca, que de sobra sé yo que la educación no se paga con nada, y mucho más que se haya molestado usted por ella, cuando ella no era nadie, sabiendo usted la sinfinidad de cosas que usted sabe, y siendo usted quién es, que no digo mi hija, la hija de un rey sería poco para que usted le diera lección.

DON GUILLERMO

Molesto.

Sí, sí... pero, entendámonos, ¿qué quiere usted decir?

MADAME PEPITA

Mire usted, don Guillermo... hay cambios en la vida, hay trastornos, en que las cosas que eran... es claro... por muchísimo que una lo sienta... no pueden seguir siendo... ¿ya usted me entiende?

DON GUILLERMO

¿Yo? No, por cierto. Explíquese usted.

MADAME PEPITA

Sí, señor;... ya ve usted, en esta casa no somos más que dos mujeres solas,... y la gente,... ya ve usted, con el afán que tiene todo el mundo de ver

las cosas peor de lo que son, y de hablar, si se quiere, de lo que no le importa, pues ya ve usted, podrían dar en decir... y mucho más que yo, por mi desgracia, tengo un pasado, que á nadie le consta... En fin, que antes mi casa, como venía público por lo de los trapos... pues no importaba tanto si entraba ó salía quien á mí me pudiera dar la gana; pero ahora, como va á ser casa particular, pues no es lo mismo.

Atragantándose.

Ya usted me entiende.

DON GUILLERMO

Más de lo que quisiera; sí, señora.

Ella da un suspiro de satisfacción.

Usted, ó alguien por usted, piensa que mi asiduidad en esta casa puede ser un daño para la buena reputación de ustedes.

MADAME PEPITA

¡Por Dios y por la Virgen, don Guillermo, no se ofenda usted!

DON GUILLERMO

No, señora. Las cosas que duelen demasiado no pueden ofender.

MADAME PEPITA

Pero si yo...

DON GUILLERMO

Usted desea, por lo visto, que yo no venga aquí sino el tiempo justo de dar mi lección á Catalina.

MADAME PEPITA

Sabe usted que eso de la lección va á ser ahora un poco difícil, porque nosotras, en liquidando yo todo esto, nos vamos á vivir á El Escorial.

DON GUILLERMO

Yo no tengo ocupación ninguna que me obligue á vivir en Madrid.

MADAME PEPITA

Y luego que la niña es ya mayor, y digo yo que se casará cuando menos se piense, y la verdad...

DON GUILLERMO

No padezca usted más, señora: desde que empezó usted á hablar, he comprendido; pero quería

oirlo con palabras claras. Está usted decidida á que termine entre nosotros toda relación.

MADAME PEPITA

Eso, no, señor; no faltaría más. Mi casa siempre está á la disposición de usted, y puede usted venir siempre que guste... por ejemplo, á comer con nosotras algún domingo que otro.

DON GUILLERMO

Después de una ligera pausa.

No está mal pensado el arreglo; pero... ¡tiene el ligero inconveniente de ser imposible!

MADAME PEPITA

¿Por qué?

DON GUILLERMO

Con emoción serena y digna.

Porque yo ya no puedo vivir sin tener á mi lado á Catalina.

MADAME PEPITA

Muy alarmada.

¡Pero don Guillermo!

DON GUILLERMO

Sonriendo.

No se alarme usted, porque, como usted dice, no es nada malo.

Con emoción real, pero en tono un poco de burla para sí mismo.

Yo, señora, he vivido los cuarenta y cinco años que tengo tan completamente fuera del mundo, que hasta de mí mismo me he llegado á olvidar, y en esto de cariños, ahora que lo pienso, la verdad, me remuerde la conciencia de haber perdido un poco el tiempo. Mi madre, que ha vivido conmigo y exclusivamente para mí, hasta hace pocos años, me rodeó de tanta solicitud que no tuve ocasión de sentir la falta de ninguna otra suavidad femenina... En fin, que me hice un solterón egoísta, amojamado por la sal de los libros... Sin embargo, ya ve usted si es rareza: yo, que he mirado con indiferencia á todas las mujeres que se me han puesto al paso, nunca he podido ver sin emoción á un chiquillo, al más feo, al más sucio que haya tropezado por ahí. Siempre he tenido manía de enseñar, de proteger, de llevar de la mano á un arrapiezo. Todo el mundo tiene sus defectos; yo soy tal vez demasiado orgulloso, y el amor de mujer es una relación de igualdad, casi de manifiesta inferioridad para el hombre que ama... Mientras que un niño... un hijo... Total: que el corazón no me ha pedido nunca ponerme de rodi-

llas delante de nadie; ¡pero ha necesitado muchas veces llevar á alguien en brazos!

Todo esto lo ha dicho en realidad para sí, mirando al suelo, pero al llegar aquí, se da cuenta de que habla con MADAME PEPITA, y se vuelve hacia ella.

¡Señora, usted dispense, estoy hablando para el Obispo!

MADAME PEPITA

Que no ha entendido nada, pero que escucha con admiración.

No, señor, no.

DON GUILLERMO

Y desde que conozco á Catalina, esa necesidad se ha concretado, ha encontrado su objeto... en fin, que la chiquilla lo es todo para mí. No sé si es lista ó torpe, ni me importa; no sé si es bonita ó si es fea; no sé de qué color tiene los ojos, pero sé que es mi hija, sí, señora, mi hija; mucho más hija mía que de su padre, y me atrevo á decir que de usted.

MADAME PEPITA

Pero...

DON GUILLERMO

Mucho más. Porque usted la ha echado al mundo, pero yo me siento capaz de crear para ella un mundo nuevecito, flamante, hecho de lo mejor de la esencia y de lo más sutil de la substancia. Yo he remozado para ella todas mis ideas que estaban empolvadas de rutina y sucias de egoísmo; yo he hecho á mi pensamiento niño para acercarse al suyo, y he vuelto al balbuceo de la infancia para hacerme entender por su inocencia, y todas las venturas de este mundo y del otro las doy por el placer de llevarle la mano para que haga los palos de las eles un poco más derechos.

MADAME PEPITA

Asustada.

¡Ay, don Guillermo, no se acalore usted!

DON GUILLERMO

Serenándose.

No me acaloro. Esto es decirle á usted, hablando en cristiano, que es imposible que yo abandone así á esta criatura; ahora menos que nunca, porque temo, con sobrado motivo, que ha llegado el momento en que ella, y acaso usted también, necesiten de una protección absolutamente desin-

teresada y leal... yo me entiendo. No me diga usted nada. Comprendo que está usted en su derecho al ponerme de patitas en la calle.

MADAME PEPITA

¡Ay, no diga usted eso, don Guillermo!

DON GUILLERMO

Comprendo que no tengo razones que oponer á la resolución de usted, fundada en motivos de decoro, tan respetables como imaginarios. Yo no tengo derecho á representar sin sanciones legales, el divino papel de padre de la niña, y es preciso tenerle, y es preciso lograrle, y cuanto antes mejor, y cueste lo que cueste. Para las ocasiones son los ánimos. No me mire usted así, que no me he vuelto loco. A grandes males, heroicos remedios. Amarguilla es la píldora, pero hay que tragarla; todo tiene remedio en este mundo.

MADAME PEPITA

¿Qué quiere usted decir?

DON GUILLERMO

Que á mí me falta para entrar libremente en esta casa un título de padre ó de marido. Ahora

bien, ese título, en nuestra honrada civilización, no le confiere más que el matrimonio, institución amarga, pero saludable. Al matrimonio apelo, sí, señora mía, y para hacer mi gusto, me caso.

MADAME PEPITA

¿Usted?

DON GUILLERMO

Con acentuado mal humor.

Es decir, nos casamos, ¡sí, señora, usted y yo, si usted consiente en ello!

MADAME PEPITA

Anonadada por la sorpresa.

Pero yo... pero usted...

DON GUILLERMO

Yo, señora, hasta hoy, y usted me lo perdone, no había reparado en usted, como esposa probable se entiende.

MADAME PEPITA

Cómo había usted de reparar, si yo estaba casada.

DON GUILLERMO

Relativamente. Por lo tanto, no se trata de amor. El matrimonio que le propongo á usted (Cada vez con peor humor), como solución de un conflicto moral, habrá de ser de pura conveniencia, una fórmula...

MADAME PEPITA

¡Una fórmula!

DON GUILLERMO

Sí, señora, una fórmula pura, que á los dos nos puede allanar unas cuantas dificultades de la vida. Cierto que usted es rica; pero yo, por la gracia de Dios, tampoco soy pobre, y eso podría hacer callar los comentarios maliciosos del qué dirán, que por otra parte, tratándose de mí, me traen completamente sin cuidado. Tengo en mi tierra hacienda que me da los garbanzos y en la cabeza ingenio que les echa la sal. ¡Todo es dinero! Si usted consiente en que vivamos juntos legalmente, yo sufragaré por entero los gastos de la vida común, como corresponde á todo marido, y usted dispone de su millón para hacer lo que le venga en gana, que yo no me pienso ocupar de que existe. Soy, aunque me esté mal el decirlo, hombre célebre, de los que salen más á menudo en los periódicos. Tengo entrada en palacio y puesto de honor en muchas ce-

remonias oficiales que usted, naturalmente, compartirá conmigo. Estará usted en asiento reservado por derecho propio en todas las solemnidades académicas; la saludarán á usted, cuando entre, todos los porteros; será usted la excelentísima señora del ilustre escritor y crítico eminente, honra de la patria: cuando asista usted á inauguración de monumento, colocación de primera piedra, etcétera, etcétera, será usted de las pocas personas que se quedan al *lunch* ó al refresco, y estará usted á mi lado en el grupo, si, como es costumbre, sacan fotografías para *La Ilustración* y el *Blanco y Negro*.

MADAME PEPITA

Pero... ¿habla usted en serio?

DON GUILLERMO

Ofendido.

¡Señora! ¿Tengo yo cara de echar á broma una cuestión tan... trágica como el matrimonio?

MADAME PEPITA

¿Entonces?...

DON GUILLERMO

Sí, señora, sí; todos esos sueños pueden ser realidades. Es más, á no sé cuál de mis antepasados le dió la ventolera de irse con su paisano Hernán Cortés á conquistar América, y tal prisa se dió á matar indios, que el rey nuestro señor le dió un escudo de armas. Entre las telarañas de mi casa está el pobre olvidado; pero usted, que ama tanto la nobleza, puede desempolvarle si gusta, y lucirle en el papel de cartas.

MADAME PEPITA

Conmovida.

¡Don Guillermo!

DON GUILLERMO

Y hasta en la portezuela del coche. Porque pondremos coche, si á usted le gusta hacer un poco más de ruido sobre los adoquines del pésimo empedrado de la villa y corte.

Pasea sin hablar y muy excitado.
Después de una pausa se encara con
MADAME PEPITA.

¿Qué? ¿Le conviene á usted?

MADAME PEPITA

Como convenirme... ya ve usted... á una mujer como es debido... siempre le conviene la sombra de un hombre, máxime más cuando es un hombre célebre, y cuando está una en una situación como la mía... y tiene una una hija...

DON GUILLERMO

Sí, señora, créame usted, y no es por darme tono, ni por agraviar á la aristocracia esclava: mucho más fácil es, cuando llegue la ocasión oportuna, casar á Catalina como ella se merece, siendo hija adoptiva de un hidalgo español, que siendo hija natural de un duque ruso.

MADAME PEPITA

Pero es que... me parece... puede que me equivoque... que usted... no se decide á este... á este paso con la satisfacción natural...

DON GUILLERMO

Señora, de eso no se ocupe usted. Cada uno tiene su alma en su almario y sabe lo que se hace.

MADAME PEPITA

Pero es que una tampoco es ningún trapo...

DON GUILLERMO

Señora, usted dispense todo lo poco ó mucho de aspereza que haya podido haber en mis palabras. Estoy nervioso, descompuesto... por muchísimas causas; pero la estimo á usted en todo lo que vale usted, que es mucho. Además, soy hombre bien educado y sé todo el respeto que merece siempre una mujer. Además, le deberé á usted tanto, que nunca creeré que hago bastante para pagar mi deuda de gratitud. Fuera del amor que no siento, y que no creo digno fingir, todo cuanto usted necesite ó desee de mí, es desde ahora suyo. Mi palabra de honor: no le pesará á usted en la vida haber aceptado mi nombre.

Pausa.

Si es que lo acepta usted.

MADAME PEPITA

Muy conmovida ante la gravedad de él.

Sí, señor. A ver qué va á hacer una. Pero, ¿qué va á decir mi hija? Ya es una mujercita... y, la verdad, me da reparo tener que decírselo.

DON GUILLERMO

Yo se lo diré.

Acercándose á la puerta.

¡Catalina! ¡Catalina!

CATALINA

Desde dentro.

Ya voy.

Pausa breve. DON GUILLERMO y MADAME PEPITA esperan y CATALINA no sale.

MADAME PEPITA

Un poco impaciente.

Pero, hija, Catalina, ¿vienes ó no vienes?

CATALINA

Dentro.

¡Ya voy, ya!

Pasado un momento, aparece á medio vestir, con un traje elegantísimo, pero muy de cocotte, con el cual á duras penas puede andar, porque se engancha en la cola.

¿Qué manda usted?

MADAME PEPITA

¿Dónde estabas? ¿Qué hacías?

CATALINA

Ya lo ve usted, vestirme.

MADAME PEPITA

¿Pero qué mil diablos te has puesto?

CATALINA

Ya lo ve usted. Ese traje que he buscado ahí entre los modelos, sí, señora, porque estaba hecha una puerca cenicienta, y ya tengo diez y siete años, y soy una mujer, y, ¡claro!, ¡una mujer pues tiene que tener silueta y carácter!

Se mira al espejo y da media vuelta delante de él, tropezando con la cola del vestido.

MADAME PEPITA

Mirándola en el colmo de la estupefacción.

¿Tú? ¿Tú preocuparte?...

Creando comprender y sonriendo.

¡Ah, vamos... el vizconde! ¡Virgen de la Paloma,
lo que hace el amor!

TELÓN

ACTO TERCERO

Jardín de una casa de campo, en El Escorial. El jardín es completamente moderno y sin estilo. El suelo está pulcramente enarenado, y en el centro de la escena hay una fuentecilla en la cual campa el conocidísimo grupo de los dos niños que se cobijan debajo de un paraguas: naturalmente, el grupo es de cinc pintado, en imitación á mármol. En el fondo hay una tapia medianera que separa el jardín de otro de la casa inmediata. La tapia está cubierta de enredaderas, muy floridas, y de árboles frutales en espaldar. Sobre ella asoman algunos árboles del jardín vecino. A la izquierda está la fachada de la casa, que es un hotelito de construcción moderna, de dos pisos, completamente nuevo, con su escalinata, su marquesina de cristales, su balaustrada con jarrones demasiado grandes, su bola de cristal, colgada de la marquesina para reflejar todo el jardín. Entre la fuente y la casa hay una mesita y un costurero de mimbre, y hasta media docena de sillones de mimbre también. Por la derecha, se supone que continúa el jardín, y que está, un poco lejos, la puerta de la calle.

Es por la mañana y hace sol.

Al levantarse el telón está la escena sola.

Pasado un momento, aparecen poco á poco en lo alto de la tapia medianera, primero DON LUIS y luego AUGUSTO, los cuales suben desde el jardín vecino por una escalerilla de mano. Llevan trajes claros de mañana como para estar en el campo, y sombreros grandes de paja. DON LUIS trae en la mano una caña larga con la punta afilada.

DON LUIS

Hablando con AUGUSTO que aún no ha aparecido.

Sube, hombre, sube. ¿No te da vergüenza, con veinticinco años que tienes, no poder escalar una tapia?

AUGUSTO

Apareciendo á su vez en lo alto de la tapia y con evidente mal humor.

No es que no pueda: es que no las encuentro maldita la gracia á estas ascensiones.

DON LUIS

¡No sabes apreciar las delicias de la vida del campo! ¡Aire, aire libre! Digo, y que está la mañana de perlas para robarle los higos al vecino.

Alargando la caña hacia una higuera cuyas ramas se ven entre el muro medianero y la casa.

¡Ajajá! Ya cayó el más gordo. Toma, que voy por otro...

AUGUSTO

Poniendo la fruta en una hoja á modo de plato.

Pero, ¿no sería muchísimo más cómodo pedirse-los á Pepita, que nos los daría con mil amores?

DON LUIS

¿Y las suaves delicias del hurto, hijo mío?

Recitando.

¡Flérída para mí dulce y sabrosa
más que la fruta del cercado ajeno!

AUGUSTO

Con mal humor.

¡Bah!

DON LUIS

Además, sustrayendo estos higos á Pepita, tenemos el gusto de que se incomode su académico esposo, que está aguardando á que maduren hace una semana para saborearlos en el almuerzo.

AUGUSTO

A ver si vas á ir de cabeza por hacer equilibrios.

DON LUIS

No hay cuidado.

Retirándose un poco.

Alguien viene.

Se oye la voz de CATALINA que llama desde dentro de la casa.

CATALINA

¡Padre! ¡Padre!

AUGUSTO

Es la chiquilla: escóndete.

DON LUIS

No, por cierto.

CATALINA sale de la casa y atraviesa el jardín. Va ya vestida de largo con un sencillísimo, pero elegante traje de mañana.

CATALINA

Mirando por todo el jardín.

¡Padre! Pues no está.

DON LUIS

¡Buenos días, pimpollo!

CATALINA

Con susto.

¿Eh?

Mirando á la tapia.

¿Qué hacen ustedes ahí?

DON LUIS

Muy amable.

Esperarte.

CATALINA

¿A mí? ¿Para qué?

DON LUIS

Para decirte que estás muy guapa.

CATALINA

¡Pues es una gracia! ¡Vaya un susto que me han dado ustedes!

Sale por la izquierda.

AUGUSTO

¡Qué amable es la niña!

DON LUIS

Ya la suavizaremos cuando sea tu esposa.

AUGUSTO

Pero, ¿insistes en eso?

DON LUIS

¡Más que nunca!

AUGUSTO

¡Si no la puedo ver ni en pintura!

DON LUIS

Esas son exageraciones, romanticismos. La chiquilla es bonita, va aprendiendo á vestirse, á ser

persona. ¿No te mueres por ella? Tampoco es necesario. Haces un matrimonio de razón, como todo hombre que se respeta.

AUGUSTO

¡Es que ella tampoco me puede ver á mí!

DON LUIS

¡Bah! ¿Qué más quiere? Eres noble, eres joven, eres elegante.

AUGUSTO

Soy pobre.

DON LUIS

Al día siguiente de casarte serás tan rico como ella.

AUGUSTO

Sí, es una consecuencia.

DON LUIS

Inevitable... y grata. Mira, hijo: hemos llegado al límite, no tenemos un real, el académico no nos puede sufrir, Pepita pudiera desilusionarse, la

niña enamorarse de otro... vivimos de milagro. Es preciso que te declares formalmente, hoy, hoy mismo... ¡sacrificate un poco, qué diablo! ¡Ay si yo fuera tú, es decir, si tuviera tus veinticinco años, con qué placer me sacrificaría!

Como se exalta hablando, pierde el equilibrio, y está á punto de caer al jardín.

AUGUSTO

Sujetándole.

Que te vas á caer. Vámonos ya.

DON LUIS

Tienes razón. Este no es lugar á propósito para tratar asuntos transcendentales... Baja tú primero y me darás la mano... Hijo, hazlo por mí... Toma la caña... A tí, después de todo, ¿qué te importa? Sujeta la escalera.

Desapareciendo.

¡Un hombre no se casa nunca del todo!

Desaparecen los dos y se oye venir por la izquierda á CATALINA acompañada por DON GUILLERMO.

CATALINA

Continuando la conversación que trae empezada.

Sí, señor, le he estado á usted buscando por todo el jardín. ¿Cómo se ha marchado usted sin mí?

DON GUILLERMO

Senriendo.

Porque desde que te has hecho mujer elegante y hasta coqueta, tardas en componerte una eternidad y me he cansado de estarte esperando.

CATALINA

¡Sí, elegante! ¿Le gusta á usted este traje?

DON GUILLERMO

Es bonito, y estás con él muy guapa.

CATALINA

¿Y le parece á usted bien ó mal que las mujeres se compongan?

DON GUILLERMO

A mí, con que estén limpias, huelan á salud y no lleven nada postizo, me basta.

CATALINA

Aplastándose el pelo con leve inquietud.

¿Va usted luego á Madrid?

DON GUILLERMO

No: se acabaron las oposiciones y no tengo nada que hacer en la corte. Por cierto que tu recomendado ha ganado la plaza.

CATALINA

Atragantándose.

¿Sí?

DON GUILLERMO

Sí: será un gran pintor, andando el tiempo.

CATALINA

Y... ¿se marchará á Roma?

DON GUILLERMO

Naturalmente. Ea, vamos á ver si han madurado los higos. Altos están; pero nos subiremos al árbol, ¿te parece? Trae el cestillo para recogerlos.

CATALINA

Cogiendo un cestillo que hay en la mesita.

Le pondré unas hojas, que hacen más bonito.

Dan la vuelta á la casa por el lado en que asoman las ramas de higuera y desaparecen. Pasado un instante entra por la izquierda MADAME PEPITA. Viene de la calle un poco sofocada, sin nada á la cabeza, y con sombrilla. Entra detrás de ella ANDRÉS chico de pueblo que hace de criado.

MADAME PEPITA

Llamas á Paco y que te ayude á desembalar eso.

ANDRÉS

Sí, señora.

MADAME PEPITA

Y luego vas á casa del maestro de obras que venga en seguida... ¡ah! y cuentas bien los sacos

de yeso, y los ladrillos que entran los albañiles, que luego son las cuentas del Gran Capitán, y es una *exorbitancia* lo que se gasta.

ANDRÉS

Sabe usted, que las cuentas del ladrillo dice el señor conde que no le hace falta que le ayude á llevarlas nadie, que para eso es él el administrador de la señora, y en el yeso lo mismo.

MADAME PEPITA

Mirando en derredor con asombro é indignación.

¿Y los bancos? ¿Dónde están los bancos? ¿Todavía no se han colocado?

ANDRÉS

Sí, señora, como lo mandó la señora; en cuanto la señora se marchó á la obra... pero los hemos vuelto á quitar, porque...

MADAME PEPITA

¿Por qué?

ANDRÉS

Porque nos lo ha mandado el señor.

MADAME PEPITA

¡Mi marido!

ANDRÉS

Sí, señora; el marido de la señora.

MADAME PEPITA

¿Y por qué?

ANDRÉS

Porque dice, con perdón sea dicho, que son un mamarracho.

MADAME PEPITA

Con rabia contenida.

Está bien, está bien.

ANDRÉS

¿Manda algo la señora?

MADAME PEPITA

Pagado con él el mal humor

¡Que te quites de enmedio!

ANDRÉS

Sí, señora.

Sale el criado.

MADAME PEPITA

Paseando nerviosa.

¡Un mamarracho! ¡Un mamarracho!

Con mezcla de mal humor y desolación.

DON GUILLERMO

Esto es inaguantable. ¡Estoy de vecindad hasta la coronilla!

Viendo á MADAME PEPITA, y cambiando tono.

¡Ah!

MADAME PEPITA

Con suavidad.

¿Qué te pasa?

DON GUILLERMO

¡Qué me ha de pasar! ¡Que también esta vez se han llevado los higos! ¡Seis, seis, que eran seis joyas, rezumando miel!

MADAME PEPITA

¡Se los habrán comido los gorriones!

CATALINA

Que ha entrado cabizbaja detrás de
DON GUILLERMO.

No, señora, no han sido los gorriones, que han sido el señor conde y su hijo, que cuando yo pasé estaban en lo alto de la tapia, y tenían una caña larga, y me dijeron que estaban allí para verme pasar á mí, y ¡claro! era mentira.

MADAME PEPITA

¡Bueno, bueno!

Queriendo cortar la conversaci6n.

CATALINA

Y le advierto á usted que siempre hacen lo mismo; que ayer, por la empalizada del huerto, se llevaron todas las frambuesas, y anteayer tira-

ron una piedra al corral, y se asustaron todas las gallinas, y una saltó las bardas, y se fué á casa de ellos, y no nos la han devuelto, que se la han comido, para que usted lo sepa!

MADAME PEPITA

¡Calla, calla, no vengas con monsergas: anda dentro y manda que preparen la mesa; cinco cubiertos!

CATALINA

¿También vienen hoy á almorzar los vecinos?

MADAME PEPITA

¡A tí que te importa! Anda dentro, te digo.

CATALINA

Sí, señora.

Desde la escalinata hace un gesto cariñoso á DON GUILLERMO.

Adiós.

DON GUILLERMO

Devolviéndole el gesto de cariño.

Adiós.

MADAME PEPITA

Acercándose á DON GUILLERMO

¿Estás disgustado?

DON GUILLERMO

No, por cierto.

MADAME PEPITA

¿Es que no te agrada que vengan á comer?...

DON GUILLERMO

Estás en tu casa, é invitas á quien quieres.

MADAME PEPITA

Es que... la verdad... sentiría que te desagradase... porque la verdad... para mí don Luis y Augusto, lo mismo que si fueran de mi familia ó más... la y verdad... si á ti...

DON GUILLERMO

A mí me son completamente indiferentes.

MADAME PEPITA

Además, que hoy vienen porque quiere don Luis que hablemos de un negocio.

DON GUILLERMO

¿Parecido al de los terrenos que vendía un amigo aquí al lado?

MADAME PEPITA

Un poco confusa.

No; este es de unas minas. En aquél le engañaron al pobre señor, y bien que lo sintió, no creas, pero esto es seguro: son acciones... una gran sociedad que se ha formado para la explotación. Si quieres ver los planos de la mina...

DON GUILLERMO

Gracias.

MADAME PEPITA

¿No te interesa?

DON GUILLERMO

No: y además, sin que esto signifique intervenir en la gerencia de tu capital, te aconsejo un poquito de prudencia. Me parece muy bien que tengas á ese caballero todo el cariño que se te antoje: en esto de querer, cada uno se las arregla como puede; paso hasta por la frescura de que en el primer hotel que has construído se hayan instalado, en clase de inquilinos gratuitos, el padre y el hijo, mientras tú, que eres dueña, has esperado á que se seque la pintura del segundo... pero no creo que debas extremar el afecto hasta comprometer el capital en negocios que, por las condiciones especiales de tu amigo, corren el peligro de dar con él al traste.

MADAME PEPITA

Sentimental.

Es que á tí te parece mal todo lo que don Luis propone.

DON GUILLERMO

No, hija, no; si lo tomas por lo sentimental, no he dicho nada. Arruínate á tu gusto; eres muy dueña.

MADAME PEPITA

Sentimental.

¡Válgame Dios! ¡No sabe una qué hacer para complacer á todo el mundo.

DON GUILLERMO

A mí no tienes por qué complacerme. No me debes nada.

MADAME PEPITA

Sentimental.

Pero es que una quisiera... yo me entiendo...

Suspirando muy afligida.

¡Todo sea por Dios!

DON GUILLERMO

Asombrado.

Pero, ¿qué te pasa?

MADAME PEPITA

Haciéndose la víctima

Nada, nada... no me pasa nada... y aunque me pasara... hablemos de otra cosa.

DON GUILLERMO la mira con asombro. Después de una pausa.

Me han dicho... que has mandado quitar los bancos que yo había mandado poner...

DON GUILLERMO

¡Ah, vamos! ¿Eso es lo que te aflige? Sí, hija mía, sí; perdona que por una vez haya intervenido en tus construcciones; pero ha sido más fuerte que yo. ¡Unos bancos de piedra artificial, y que además imitan troncos de árboles! No puedo consentirlos en mi casa: son...

MADAME PEPITA

Interrumpiéndole

Un mamarracho. ¿No?

DON GUILLERMO

Peor. ¡Una inmoralidad!

MADAME PEPITA

¡Una *inmoralidad*! Pero, hijo de mi vida, ¡si no tienen figuras!

Mirándole con temor de que se haya vuelto loco.

DON GUILLERMO

Es que la inmoralidad no está en las figuras, sino en la superchería.

MADAME PEPITA

Que no comprende, y da á la palabra un sentido peor del que tiene.

¿En la superchería?

DON GUILLERMO

Sí, señora. Sus bancos de usted, perdón, tus bancos, que fingen ser de piedra y ser de leño, sin haber olido la cantera ni el bosque, faltan á la verdad de su naturaleza, mienten, son unos impostores. Esa puerta que pretende pasar por caoba, siendo de pino vil; esos niños que aseguran ser mármoles macizos, siendo de cinc y huecos; esas rejas que se las dan de hierro forjado y son de repugnante calamina, son mentiras perennes, imposturas prácticas, inmoralidades, en una palabra. ¡Si á eso añadimos que son horriblemente feas!...

MADAME PEPITA

Pero es que si se va á poner todo legítimo salen los hoteles por un dineral.

DON GUILLERMO

¡Pues no se pone, pero no se imita! Estos engaños constantes, que además no engañan á nadie más que á nosotros mismos, nos van acostumbrando á la mentira ambiente, y ¿quién sabe, quién sabe?... tengo para mí que mujer que se acostumbra á llevar una piel de gato en función de marta cibelina, y se queda tan fresca, está en camino de pegársela á su señor marido á la primera ocasión que se presente, con la misma frescura!

MADAME PEPITA

¡Ay, no digas eso! Cualquiera que te oyese ¡que pensaría de una!

Entra el CRIADO.

ANDRÉS

Entrando.

Señora. Ya está desembalado eso que han traído de la estación. ¿Lo traemos aquí ó dónde se lleva?

MADAME PEPITA

¡Traedlo aquí!

Sale el CRIADO. Ella se acerca á DON GUILLERMO y le dice muy ilusionada.

Vaya: me alegro que haya llegado ahora que estamos hablando de estas cosas, porque lo que es esto sí que te va á gustar.

Entran ANDRÉS y otro mozo: entre los dos traen una figura que representa un feísimo negro casi de tamaño natural, sentado y fumando un cigarrillo.

ANDRÉS

Aquí está.

MADAME PEPITA

Mirándole con ilusión.

¡Dejadlo ahí!

Los mozos colocan con cuidado el negro en el suelo.

DON GUILLERMO

Llevándose la manos á la cabeza.

¡Santo cielo!

MADAME PEPITA

Con ilusión.

¿Te gusta?

Con desaliento.

¡No te gusta, tampoco!

Se deja caer en un sillón y se echa á llorar.

DON GUILLERMO

Pero... Pepita... hija... no es para tanto, por favor...

ANDRÉS

¿Dónde lo llevamos, señora?

MADAME PEPITA

¡No sé... á ninguna parte... tiradlo al pozo!

DON GUILLERMO

No, por cierto... Llevadlo á la antesala; ¿es para la antesala, no?

MADAME PEPITA

Entre lágrimas.

Sí... para la antesala...

DON GUILLERMO

Pues, á su sitio.

Suben los criados la escalerilla y
entran en la casa.

Y tú no te aflijas.

Con bondad.

¡Perdóname., son chocheces mías... haz lo que
quieras... si á mí me da lo mismo, pero no te
aflijas! Voy á asomarme á la carretera, por si viene
el correo. ¿Dónde está la niña? ¡Catalina!

CATALINA

Desde la ventana.

¿Qué manda usted?

DON GUILLERMO

¿Quieres dar una vuelta?

CATALINA

Si, señor; ahora bajo. Estoy acabando de arreglar la mesa. Espéreme usted en el pinar, que en seguidita voy.

DON GUILLERMO

No te vayas á venir sin sombrero, que pica el sol.

Sale DON GUILLERMO. CATALINA le despide desde la ventana. Cuando él ha salido va á retirarse, pero su madre la llama.

MADAME PEPITA

¡Catalina!

CATALINA

Mamá.

MADAME PEPITA

Baja aquí, que tenemos que hablar.

CATALINA

Se retira de la ventana, y aparece en la puerta, baja la escalinata y se acerca á su madre.

¿De qué?

MADAME PEPITA

Siéntate.

CATALINA

¿Qué le pasa á usted?

MADAME PEPITA

Nada, hija; que he tenido con tu... con tu padre, una discusión... de arte.

CATALINA

¡De arte! ¿Y por eso llora usted?

MADAME PEPITA

¡Hay días en que está una sentimental!

CATALINA

Sintiéndose también un poco romántica.

¡Eso, sí, señora!

MADAME PEPITA

Mira, hija, te quiero prevenir, porque hoy al-
muerzan con nosotros...

CATALINA

El conde y su hijo; ya lo sé.

MADAME PEPITA

Pero lo que no sabes es que no vienen sólo para almorzar...

CATALINA

¿No? ¿Pues qué más quieren?

MADAME PEPITA

Quieren, ó mejor dicho, queremos todos que entre Augusto y tú haya una explicación definitiva.

CATALINA

¿Eh?

MADAME PEPITA

¡O si se quiere, una declaración!

CATALINA

¡Una declaración!

MADAME PEIPTA

¡Hazte la tonta! De sobra lo sabes, aunque bien callado lo tienes. Augusto..., es decir, ¡fíjate!, el señor vizconde quiere hacerte el honor de casarse contigo.

CATALINA

¡No!

MADAME PEPITA

¡Sí!

CATALINA

¡No puede ser!

MADAME PEPITA

¿Por qué no puede ser?

CATALINA

Porque no le quiero.

MADAME PEPITA

¿Tú qué sabes si le quieres ó no, si no has querido nunca á nadie? Ya le querrás cuando te cases.

CATALINA

¡O no le querré!

MADAME PEPITA

No sé por qué no vas á quererle. Es guapo, es joven, es elegante.

CATALINA

¡Se riza el bigote con tenacillas!

MADAME PEPITA

¿Y eso qué?

CATALINA

Nada; que cuando uno no tiene el bigote rizado, no debe rizárselo porque eso es faltar á la verdad, y la verdad es lo primero.

MADAME PEPITA

Con espanto.

¡También tú!

CATALINA

¡Sí, señora, también yo!

MADAME PEPITA

Levantándose nerviosa.

¡Pues estamos lucidos!

Con enfado, cogiéndola de la mano
y sacudiéndola.

¡Mira, niña: todo eso son bobadas y melindres de chiquilla mimosa! Te casas con Augusto, porque te conviene, porque es un buen muchacho y está loco por tí; porque serás condesa y realizarás el sueño de toda mi vida ¡Ay, si yo fuera tú! porque es el marido que te corresponde siendo hija de quien eres.

CATALINA

Yo soy hija de mi padre, ¡del de ahora!

MADAME PEPITA

¡No digas tonterías!

CATALINA

¡Sí, señora; porque es el que me quiere y el que mira por mí, y yo le quiero á él; y si se empeña usted en que me he de casar á la fuerza, pues se lo diré á él, y me defenderá, y no me casaré, no, señora!

MADAME PEPITA

Te casarás porque yo te lo mando, y te guardarás muy mucho de decirle á nadie esta boca es mía. ¡Miren la niña boba haciéndole ascos á la felicidad! ¡Tendrás algún príncipe guardado en la caja de la costura!

CATALINA

¡No, señora; no tengo á nadie, ni falta que me hace!

MADAME PEPITA

Sí te hace falta. Una mujer sola no es nadie en el mundo. ¡Qué más vas á pedir! Mira que es el porvenir de tu vida, que luego me lo has de agradecer. ¡Ay, si una madre no se preocupa de la felicidad de sus hijas!

CATALINA

Bueno: me voy con mi padre, que me estará esperando.

MADAME PEPITA

¡Que espere!

CATALINA

¡No sé por qué tiene que esperar!

MADAME PEPITA

Porque estás hablando con tu madre, y tu madre tiene que ser para tí lo primero en el mundo. ¡No faltaría más si no que un caballero que te conoce hace cuatro días!....

CATALINA

¡No consiento que diga usted eso!

Llorando como una chiquilla.

¡Porque usted no le quiera!

MADAME PEPITA

Sentimental.

Si le quiero ó le dejo de querer, eso no es cuenta tuya.

Aparecen á la izquierda DON LUIS y
AUGUSTO.

DON LUIS

¿Se puede?

MADAME PEPITA

Rehaciéndose.

¡Adelante!

Á CATALINA.

No te vayas ahora.

CATALINA

Pero... ¿y mi padre?

MADAME PEPITA

Yo mandaré recado de que no puedes ir, para que no te espere. Buenos días.

DON LUIS

Venimos con un poco de anticipación, porque desearía que tú y yo tratásemos de aquello que sabes.

MADAME PEPITA

Ah, sí... las minas...

DON LUIS

Justo.

Mirando á AUGUSTO y á CATALINA.

Las minas. De modo que si á tí te parece, como hay que ver papeles, entraremos.

MADAME PEPITA

Como usted quiera.

DON LUIS

Entre tanto, la gente joven puede dar una vuelta por el jardín... hasta la hora de sentarse á la mesa...

MADAME PEPITA

Es lo mejor.

CATALINA

Tirando de la falda á su madre.

¡Mamá!

MADAME PEPITA

No seas gótica.

Al conde.

Cuando usted guste.

DON LUIS

Tú primero.

Suben los dos la escalinata y cierran la puerta al entrar en la casa, dejando solos á CATALINA y á AUGUSTO, que se miran y se quedan un momento sin hablar; por fin AUGUSTO rompe el fuego, diciendo lo más amablemente que le permite su poca gana de conversación.

AUGUSTO

¿Quiere usted que demos un paseo?

CATALINA

¿A usted le gusta pasear por el jardín?

AUGUSTO

Sí, señora.

CATALINA

¡A mí, no!

AUGUSTO

¿No?

CATALINA

A mí me gusta andar por el monte y saltar y correr entre las matas.

AUGUSTO

A mí, no.

CATALINA

¡Ah! ¿no le gusta á usted el monte?

AUGUSTO

Como no sea yendo de caza, no, señora.

CATALINA

¿Le gusta á usted ir de caza?

AUGUSTO

Sí, señora; muchísimo.

CATALINA

¡A mí, no!

AUGUSTO

¿No?

CATALINA

Es una diversión muy tonta. Para ir á matar pobres animales que no le han hecho á uno ningún daño, mejor se está una en casa leyendo un libro.

AUGUSTO

¿Le gusta á usted leer?

CATALINA

Muchísimo. ¿A usted no?

AUGUSTO

No, señora.

CATALINA

Agresiva.

¿Pues qué le gusta á usted?

AUGUSTO

Me gustan los caballos y los perros.

CATALINA

¡Ay, qué asco de perros! Todo lo revuelven, todo se lo comen, y, además, tienen pulgas. A mí me gustan los canarios porque son muy bonitos y cantan muy bien.

AUGUSTO

Lo que hacen es rabiarse, porque están encerrados. ¡No puedo ver los pájaros en jaula! Es gusto de novelas por entregas y de niñas románticas.

CATALINA

Con alegría.

¿No le gustan á usted las niñas románticas?

AUGUSTO

¡No me gustan las niñas de ninguna clase!

CATALINA

Con embeleso.

¿No?

AUGUSTO

Me gustan las mujeres de una vez, decididas,

enérgicas, que han vivido, que saben, que tienen en la sangre fuego derretido, que si á mano viene se burlan de uno y hasta le desprecian veintitrés horas de las veinticuatro; pero que en una sola en que quieran querer le dan á uno la vida ó se la quitan. ¡Ay, usted dispense!

CATALINA

No, no; si está muy bien. Claro, que tengan fuego dentro... y que... sí, sí... pues mire usted yo soy muy romántica, y eso de fuego derretido me parece que no... vamos, que no lo tengo... aunque algunas veces sí que siento aquí dentro como un calor, pensando...

AUGUSTO

¿En un hombre? ¿En un hombre que ha encontrado usted ya?... ¿ó que le gustaría á usted encontrar?... usted perdone... ¿Cómo sería el hombre que le gustase á usted para marido?

CATALINA

Pues no se ofenda usted... me gustaría un hombre... aunque no fuese así muy elegante... bueno, un hombre que pareciese muy hombre, ¿sabe usted? y que supiera muchas cosas... por ejemplo, de arte... y que soñara con marcharse muy lejos... á

Roma, por ejemplo... y con ser una cosa muy grande... pintor, ó cosa así... y aunque no fuese noble, que fuera hijo del pueblo... bueno, del pueblo precisamente no, de una maestra de escuela, por ejemplo...

AUGUSTO

Cogiéndole las manos.

¡Es usted un ángel!

CATALINA

Con susto.

¿Eh?

AUGUSTO

Con entusiasmo.

Más... un arcángel, una mujer extraordinaria.

CATALINA

Cada vez con mas susto.

¡Ay!... pero es que de verdad, ¿de verdad se quiere usted casar conmigo?

AUGUSTO

¡No, señorita, no!

CATALINA

¡Como me dice usted... que soy... esas cosas!

AUGUSTO

Por lo mismo... porque no nos casamos... porque usted no me quiere, porque quiere usted á otro...

CATALINA

No, señor, no...

AUGUSTO

Sí, señora... aunque usted no lo sepa... á otro que yo no sé quién es, pero que debe ser pintor... ó cosa así. ¡Dios le bendiga! porque yo, usted perdone, yo no la quiero á usted tampoco... es decir... desde ahora, la tengo á usted una gran simpatía... un agradecimiento sin límites. ¡Gracias, gracias! (Le besa la mano) ¡es usted la mujer más simpática y más inteligente que he encontrado en el mundo! ¡Gracias!

Le vuelve á besar las manos con efusión,

CATALINA

Dejándose besar la manos con toda calma y sin darle la menor importancia, porque le da lo mismo.

Sí; entusiásmese usted. Ya verá usted luego lo que dice mi madre.

AUGUSTO

Con tristeza.

¡Y mi padre!

CATALINA

Dando pataditas en el suelo.

¡Señor, qué empeño en que se ha de casar una por fuerza! Todo porque es usted vizconde.

AUGUSTO

¡Y porque es usted rica! ¡Tan á gusto como le daría yo á usted mi título de balde!

CATALINA

¡Y yo á usted mi dinero! Pero no puede ser.

AUGUSTO

No puede ser. ¿Qué hacemos?

CATALINA

¡Piense usted algo, usted que es hombre!

AUGUSTO

Yo... pues... no se me ocurre.

CATALINA

Ocurriéndosele una idea.

¡Espere usted! ¡Lo mejor es que se lo digamos á mi padre! Eso es, porque me parece que él tampoco quiere. Vamos á buscarle... es decir, mejor es que vaya yo sola... usted se marcha por la puerta del huerto, y con eso mi madre y don Luis se figuran que estamos paseando los dos juntos. ¿Le parece á usted bien?

AUGUSTO

Sí, sí... perfectamente.

CATALINA

Pues ande usted, que yo voy á buscar un sombrero.

AUGUSTO desaparece por detrás de la casa, CATALINA va á subir la escalera, pero encuentra apoyada en uno de los sillones de mimbre la sombrilla que ha dejado su madre.

Llevaré la sombrilla, ¿qué más da?

Suena la bocina de un automóvil.

¡Un automóvil!

Con fastidio.

¡A ver quién viene ahora!

Después de pensar un momento.

¡Bueno: á mí qué me importa!

Va á salir por la izquierda y entra
GALATEA,

¡Ah, es la señora Galatea!

Acercándose á ella con amabilidad.

Buenos días, señora.

GALATEA

Con desabrimiento.

Muy buenos.

CATALINA

Mirándola.

¡Uy, qué cara! Mi madre está ahí dentro Si quiere usted pasar...

GALATEA

Muchas gracias. Vengo á hablar con usted precisamente.

CATALINA

¿Conmigo? Pues... siéntese usted.

GALATEA

Paseando nerviosamente y mirando como si buscase algo.

Estoy muy bien así. ¿Dónde se habrá metido ese?

CATALINA

Mirándola con curiosidad.

¿Se le ha perdido á usted algo?

GALATEA

Ofendida.

Sí, señora: lo que usted se ha encontrao.

CATALINA

¿Yo?

GALATEA

¡Pero le advierto á usted que puede usted volverse del otro lao, que eso no son sueños, que son pesadillas!

CATALINA

Atónita.

¿Eh?

GALATEA

¡Porque mientras esté yo en el mundo, ese hombre no se casa con nadie!

CATALINA

De buena fe, pero ya un poco enfadada.

¿Qué hombre?

GALATEA

¿Le gusta á usted que le regalen el oído, verdá?

CATALINA

¿A mí? ¡Ay, señora: usted debe de estar un poco trastornada; pero como yo no lo estoy, si no habla usted más claro, pues no la entiendo á usted!

GALATEA

Más claro ¿eh?

CATALINA

¡Sí; señora... más claro...

GALATEA

Pues más claro. ¡A usted se la ha puesto en el moño ser condesa!

CATALINA

No, señora, que no se me ha puesto. ¡Ni falta que me hace!

GALATEA

Entonces, usted dirá á qué viene aquí Augusto.

CATALINA

¡Ah! ¿Pero es por Augusto por quien se pone usted furiosa? ¿Es que se quiere usted casar con él?

GALATEA

¡Eso á usted no la importa!

CATALINA

A mí, no; pero á usted parece que sí. Pues hija, si le quiere usted tanto y él la quiere á usted, se casan ustedes y á mí me dejan ustedes en paz y no me meten ustedes en líos.

GALATEA

Pero..., ¿usté no le quiere?

CATALINA

No, señora; ni le he querido nunca. ¡No me gustan á mí los hombres que se peinan con tiralíneas!

GALATEA

Muy ofendida.

¡Oiga usté, eso de tiralíneas!

CATALINA

Sí, señora; y que gastan corsé y se dan colorete, por más que colorete también se lo da usted, ¡de modo que pata!

GALATEA

Dudando entre ofenderse y alegrarse

Pero, entonces... yo vengo equivocada... á mí me habían dicho que usted... que ustedes...

CATALINA

Sí, señora; también me lo habían dicho á mí... pero ya ve usted cómo no hay que hacer caso de lo que á uno le dicen.

GALATEA

Entonces... usted dispense... pero cuando una se figura ciertas cosas y quiere una á un hombre...

CATALINA

¿Usted le quiere mucho?

GALATEA

¡Ojalá no le quisiera tanto!

CATALINA

¿Por qué?

GALATEA

Tié usté razón. ¿Por qué no le voy á querer? ¡Sufre una, pena una, quisiera una morirse algunos días; pero con to y con eso, aunque le cueste á una llorar más lágrimas que pelos tié en la cabeza, no hay cosa en este mundo como el quererse!

CATALINA

Con interés inocente.

¿Sí? ¿Y hace mucho tiempo que son ustedes novios?

GALATEA

Con tristeza

¡Yo no he sio nunca novia de nadie!

CATALINA

¿No?

GALATEA

He encontrao el amor demasiado tarde, y he tenido hambre demasiao pronto.

CATALINA

¿Hambre? ¿Tiene usted hambre?

GALATEA

Sonriendo ante la inocencia de la chiquilla.

No, señora; ya no. Pero de buena gana volvería á tenerla pa toa la vida, con tal de ser ahora pa este hombre... eso que usté ha dicho, lo que usté que ha tenio más suerte, será usté cualquier día de estos pa el hombre que usté quiera: ¡su novia!

CATALINA

Queriendo comprender.

¿Pero... entonces?

GALATEA

Haciendo ademán de marcharse.

Entonces... usté perdone... y mande.

CATALINA

¿Se va usted? ¿Quiere usted que le diga algo á Augusto?

GALATEA

Con un poco de melancolía.

Deje usted. Ya nos encontraremos, si es de ley que nos hemos de encontrar. Buenos días.

Sale GALATEA.

CATALINA

Muy buenos.

Se queda un poco perpleja, mirando á GALATEA hasta que desaparece.

¡Quererse! ¡Claro, sí!... ¡Pero para querer, lo primero hace falta que la quieran á una!

Se queda meditando muy sentimental, y entra ALBERTO. Viene ya con indumentaria de pintor, es decir, con sombrero ancho y corbata floja.

ALBERTO

Muy buenos días, señorita...

Se acerca á CATALINA.

CATALINA

Asustada al verle, pero con alegría.

¡Ay!

ALBERTO

No se asuste usted.

Está tan conmovido como ella.

CATALINA

¡Ay! pero, ¿dónde estaba usted?

ALBERTO

Azoradísimo, pero sin caricatura.

No estaba en ninguna parte... venía... de la calle... á ver á usted...

CATALINA

¿A mí?

ALBERTO

Disculpándose.

No, señora... á usted, no. Venía á visitar á don Guillermo para darle las gracias... ya sabe usted por qué.

CATALINA

Sí... ya...

ALBERTO

Como he encontrado abierta la puerta del jardín... usted perdone si se ha sobrecogido usted al verme.

CATALINA

Después de una pausa.

De modo... ¿que ha ganado usted la pensión?

ALBERTO

Sí, señora; gracias al señor de Armendáriz, que me ha defendido calurosamente.

CATALINA

No la habrá usted ganado sólo por eso. Es que también el cuadro sería bonito.

ALBERTO

No estaba mal, á pesar del asunto que está ya tan gastado....

CATALINA

Sí; Jacob luchando con el ángel.

ALBERTO

Ya ve usted; y tal vez hubiera pasado inadvertido, porque los otros tampoco estaban mal, sobre todo algunos; pero á don Guillermo le llamó la atención el mío porque...

CATALINA

¿Por qué?...

ALBERTO

Pues porque... porque el ángel se parecía muchísimo á usted.

CATALINA

Con emoción.

¡A mí!

ALBERTO

Disculpándose.

Sí, señora, muchísimo; pero no crea usted que lo hice de propósito.

CATALINA

Con desencanto.

¿Ah, no?

ALBERTO

No, señora; fué una reminiscencia, una obsesión... Como tiene usted esa cabeza tan característica, con esos rizos sueltos y esos ojos... yo, naturalmente... como había tenido el honor de verla á usted y de hablarla algunas veces... pues... claro...

CATALINA

Después de una leve pausa.

Y ahora, ¿se marcha usted á Roma?

ALBERTO

Sí, señora; dentro de unas semanas.

CATALINA

Después de una pausa.

¿Se irá usted muy contento?

ALBERTO

Sí, señora... Es decir, debería marcharme contento, porque he logrado lo que me proponía, porque es mi porvenir, mi carrera ¡porque he soñado tanto con Italia!

CATALINA

Triste.

¡Claro, sí!

ALBERTO

Pero me marchó triste. ¡Es decir, preferiría no marcharme!

Esto lo ha dicho con cierta energía.

CATALINA

¿Por qué?

ALBERTO

Arrepintiéndose de su energía va á decir la verdad, pero se arrepiente otra vez.

Porque..., porque Madrid me gusta mucho.

CATALINA

¡Ah!... ¿Sí?

ALBERTO

¡Y eso que ahora!...

CATALINA

Con esperanza. .

¿Qué?

ALBERTO

Nada..., que á mí me gusta mucho, y á usted también; pero que ahora no vive usted en Madrid.

CATALINA

No: ahora vivo en el campo.

ALBERTO

Eso es... en el campo.

CATALINA

¿A usted le gusta el campo?

ALBERTO

Sí, señora; muchísimo más que Madrid.

CATALINA

¿Por qué?

ALBERTO

Porque en el campo... (Arrepintiéndose) porque en el campo hay árboles

CATALINA

¿Le gustan á usted mucho los árboles?

ALBERTO

Me gusta todo lo que á usted le guste.

CATALINA

Con emoción.

¡Ah!

Dominándose.

¿Por qué?

ALBERTO

Porque usted..., porque usted de seguro tiene muy buen gusto.

CATALINA

¿Yo? ¿En qué se me conoce?

ALBERTO

En que...

Lanzándose.

En que tiene usted los ojos muy bonitos.

CATALINA

Con emoción.

¿Yo?

ALBERTO

Aturdido.

Usted perdone... no, señora... es decir, sí, señora... Azules.

CATALINA

¿Le gustan á usted los ojos azules?

ALBERTO

Sí, señora; ¡muchísimo!

CATALINA

Con un asomo de coquetería.

Pues los míos... azules del todo... no son,

ALBERTO

No, señora... ¡del todo, no!

CATALINA

Son así, un poco verdes.

ALBERTO

Un poco verdes, sí, señora; pero da lo mismo.

CATALINA

Claro, á usted le es igual.

ALBERTO

Con entusiasmo.

¡Sí, señora!

CATALINA

Porque cuando las personas le son á uno completamente indiferentes, qué más le da á uno que tengan los ojos de un color que de otro.

ALBERTO

¡No, señora; no es por eso!

CATALINA

¿No?

ALBERTO

No, señora.

Aturullándose.

Porque usted á mí... claro que si me fuera usted indiferente, también me daría lo mismo; pero entonces sería por otra razón, y, no, señora; usted no me puede ser á mí indiferente, y usted perdone la temeridad, no, señora.

CATALINA

¿No?

ALBERTO

Con energía.

No, señora. ¿A qué voy á mentir? Ya sé que es una incorrección, un imposible que me hace sufrir mucho por él, porque... en la vida hay situaciones... ya ve usted, ¡usted es todo lo que es! y además es usted muy rica y yo no tengo para darle á usted más que un poco de gloria, que todavía no es más que una esperanza. ¡Ya ve usted si es poca moneda para ofrecerla á cambio de la felicidad!

CATALINA

¿Usted qué sabe lo que es poco y lo que es mucho para una mujer?

Con dignidad pueril.

ALBERTO

¡Señorita!

CATALINA

¿Se figura usted que porque una tenga cuatro cuartos ya va á pedir el oro y el moro? ¡Pues no, señor! Es que los hombres son muy orgullosos y se lo saben todo, y se figuran que sólo ellos pueden enamorarse de los ideales y sufrir por los imposibles, y soñar con las cosas que están muy lejos! ¡Pues hijo, ha de saber usted que hay mujeres que, aunque sean unas ignorantes, tienen tanto deseo de ir á Roma como el hombre que más!

Dice todo esto con mucha energía y se echa á llorar.

ALBERTO

Con emoción.

¡Catalina!...

CATALINA

Sin levantar los ojos.

Me llamo, sí, señor.

ALBERTO

Acercándose á ella con cariño.

¡Catalina!

CATALINA

Viendo entrar á DON GUILLERMO.

¡Mi padre!

DON GUILLERMO

Que al entrar no repara en ALBERTO.

Hola, buena pieza, ¿cómo no has venido?

CATALINA

Adelantándose con resolución pueril

Padre, aquí está Alberto.

DON GUILLERMO

¿Alberto?

ALBERTO

Adelantándose.

Alberto Jiménez y Vergara, sí, señor; servidor de usted.

DON GUILLERMO

Reconociéndole y un poco sorprendido.

¡Ah... sí! Tanto gusto.

ALBERTO

Venía á darle á usted las gracias por... por...

CATALINA

Interrumpiéndole.

Eso es, venía á darle á usted las gracias por lo del premio.

DON GUILLERMO hace un gesto de vaga protesta que quiere decir: ¡Oh no hay de qué!

Y á decirle á usted... bueno, esto se lo digo á usted yo, que... quiere que me vaya con él á Roma.

DON GUILLERMO

¿A Roma? ¿Tú con él? Pero, ¿cómo?

CATALINA

Con rubor.

Pues ya ve usted, casándonos.

DON GUILLERMO

¿Qué dices?

Á ALBERTO con bastante mal humor.

Caballero... usted me explicará...

CATALINA

No, no, si él no tiene la culpa. ¡He sido yo!

DON GUILLERMO

¿Tú?

CATALINA

Sí, señor, que él no quería decirme nada, porque él es pobre y yo soy rica; pero se lo he dicho yo á él, por lo mismo, porque yo soy rica y él pobre, y porque le quiero (Con energía), y él me quiere á mí, sí, señor.

DON GUILLERMO

Pero... hija.

CATALINA

Sí, señor, si no puedo casarme con él, mejor quiero morirme... ó meterme monja.

Durante las dos últimas frases de DON GUILLERMO y CATALINA, han salido de la casa DON LUIS y MADAME PEPITA. MADAME PEPITA oye con el natural asombro las explicaciones de CATALINA y se acerca al grupo con indignación y sorpresa.

MADAME PEPITA

A CATALINA, cogiéndola por el
brazo.

¿Qué estás diciendo ahí?

DON GUILLERMO

Con serenidad.

Ya lo oyes. Que se quieren y se quieren casar.

CATALINA y ALBERTO

A un tiempo.

Sí, señora.

MADAME PEPITA

Pero ¿y Augusto?

DON LUIS

Eso es. ¿Y Augusto?

CATALINA

Con resolución pueril.

Augusto no me quiere ni yo le quiero á él, y
además quiere á otra.

MADAME PEPITA

¡Tú que sabes!

CATALINA

A la señora Galatea, sí, señora, que ha estado aquí, y ha dicho que mientras ella viva en este mundo, Augusto no se casa con nadie!

MADAME PEPITA

¡Galatea! ¡Ah, sirena!

DON LUIS

¡Eso lo veremos!

DON GUILLERMO

Con autoridad.

¡Ya está visto!

DON LUIS

¡Eh!... ¿Qué dice usted?

DON GUILLERMO

Digo, que mientras la intervención de usted en

los asuntos de esta casa se ha reducido á sumar con mayor ó menor exactitud las cuentas de yeso y de ladrillo, yo he callado prudentemente, por no dar un disgusto á mi mujer...

DON LUIS

¡Caballero! ¿Se atreve usted á insinuar?...

DON GUILLERMO

Sin hacerle caso,

Pero como la felicidad de Catalina me interesa muchísimo más que el yeso de su madre, no estoy dispuesto á consentir que se ocupe usted de ella.

DON LUIS

Es decir que...

DON GUILLERMO

Sin hacerle caso,

Y le suplico amablemente que tenga usted la bondad de retirarse. ¡No me gusta tratar cuestiones de familia delante de extraños!

Da media vuelta. MADAME PEPITA
está anonadada,

DON LUIS

Está bien... Está bien... me retiro... ¡es usted plebeyo! ¡Pepita, hija mía, te compadezco! Te acordarás de mí. ¡No sabes lo que pierdes al perderme!

Sale.

MADAME PEPITA

A CATALINA.

¿Y tú te figuras que porque el pobre Augusto se haya precipitado en un mal paso, yo voy á consentir en que tú?... ..

CATALINA

Interrumpiéndola.

¡Sí, señora!

MADAME PEPITA

Mirando con desprecio á ALBERTO.

¡Con usted!

ALBERTO

Humildemente.

¡Sí, señora!

MADAME PEPITA

¡Mi hija, la hija de todo un duque ruso, casarse con el mísero dependiente de una tienda de sedas!

CATALINA

No, mamá, que ya no es dependiente, que es pintor.

DON GUILLERMO

Y dentro de unos años será ilustre. ¡Yo lo fío! Pintará cuadros, ganará medallas, y andando el tiempo, no tendrán más remedio que nombrarle á su vez académico.

Con melancolía.

Acaso en mi vacante. ¡Cómo ha de ser! Hay predestinaciones en las familias. Tu hija será también excelentísima señora.

MADAME PEPITA

Suspirando.

Siendo así... claro es que una soñaba con que tuviera título... pero no quiero que se diga que soy una madre desnaturalizada.

CATALINA

Abrazándola.

¡Mamá!

ALBERTO

Señora, muchas gracias.

MADAME PEPITA

Cómicamente emocionada.

¡Válgame Dios! ¡Qué tragos cuestan los hijos!

ALBERTO

Con permiso de ustedes... ustedes están emocionados, y yo, como tengo que llegar al tren... no quisiera ser indiscreto; de modo que si ustedes no mandan otra cosa... Señora, don Guillermo, no sé cómo darles á ustedes las gracias.

DON GUILLERMO

No las merece.

MADAME PEPITA

Vaya usted con Dios.

ALBERTO

Catalina... adiós.

CATALINA

Adiós.

Se miran y no se mueven.

ALBERTO

Yo... pues... me marchó.

CATALINA

Claro...

ALBERTO

Pero volveré... mañana, tempranito...

CATALINA

Eso es... mañana, tempranito...

DON GUILLERMO les mira.

ALBERTO

Aturdido.

Ya me voy, ya me voy... ¡Buenos días!

Sale ALBERTO. CATALINA se queda mirándole, pero no se atreve á seguirle

DON GUILLERMO

Anda, si quieres, á dar una vuelta por el jardín, que aunque ya es medio día, cantan los ruiseñores.

CATALINA sale corriendo.

MADAME PEPITA

¡Y se va tan contenta! ¡Válgame Dios las cosas que pasan en un día! ¡Y me deja!

DON GUILLERMO

Que pasea de un lado para otro, repite la frase de su mujer.

¡Y me deja!

Como dándose cuenta de lo que significa al repetirla.

Es verdad, me deja... ¡Sí que es una bromita del destino, haberme casado para ser su padre, y no lograr de la paternidad más que la pena de perderla!

MADAME PEPITA

¿Qué estás ahí murmurando?

DON GUILLERMO

Mirándola con susto como si la viera
por primera vez.

¡Y con esta señora!

MADAME PEPITA

Que no comprende.

¿Qué dices?

DON GUILLERMO

Digo...

Se detiene un momento y parece to-
mar una resolución.

Digo, que la niña se casa, y que, naturalmente, se va con su marido, y que yo, como ya para nada me necesita, antes de hacerme demasiado viejo, quiero realizar un capricho que tengo hace mil años, y que he ido demorando por pereza. ¡Me voy á Egipto á hacer excavaciones!

MADAME PEPITA

¿A Egipto?

DON GUILLERMO

Sí.

MADAME PEPITA

¿Solo?

DON GUILLERMO afirma con un gesto.

¿Y yo?

DON GUILLERMO

Un poco turbado.

¿Tú?

Ella afirma con un gesto.

Tú... te quedarás aquí...; es decir..., digo yo... un viaje tan largo es molestísimo para una señora, y además, ¿cómo vas á dejar todo esto, que es la ilusión de tu vida?

MADAME PEPITA

Sentimental.

¡La ilusión de mi vida!... Claro... sí, la ilusión de mi vida... Pero es que tú, si te marchas tan lejos, es por no estar conmigo, ó si se quiere, por perderme de vista.

DON GUILLERMO

¡Mujer, qué cosas tienes!...

MADAME PEPITA

Y la verdad, me duele, porque, la verdad, eso de que el propio marido de una...

DON GUILLERMO

De sobra sabes que eso de marido y mujer, entre nosotros, tiene un sentido muy... limitado...

MADAME PEPITA

Sí, ya lo sé. Pero á un perro que sea se le toma cariño á fuerza de vivir á su lado, y yo, la verdad, aunque creía que después de lo que me había pasado con un hombre no podría nunca querer á otro... como el corazón siempre es joven, y una sabe apreciar lo que vale, pues mal está que una diga ciertas cosas, pero, después de todo, como eres mi marido..., pues yo soy tu mujer, ¡y te quiero!

DON GUILLERMO

¡Pepita!

MADAME PEPITA

¡Te quiero! ¡Te quiero! Bastante que lo siento; pero, hijo, no lo puedo remediar.

Se echa á llorar y se deja caer en un sillón.

DON GUILLERMO

Aturdido.

¡Pepita! Pues, señor. ¿Cómo iba yo á pensar?
¡Pepita!

Acercándose á ella.

¡Y está guapa, llorando! ¡No llores!

MADAME PEPITA

Entre lágrimas.

Ya sé que una no es nadie, y que tú eres un sabio y un hombre de otra clase que una; pero, ¿qué culpa tengo yo de quererte? ¡Ni tampoco te pido que me quieras! Pero no digas que te vas á marchar al fin del mundo, porque no puede ser. ¡Toda mi vida la he pasado por culpa de otro hombre desamparada y sola! No he tenido más bien en este mundo que el cariño de mi hija, y contigo lo repartí, porque dijiste que lo necesitabas. Ahora ella se marcha; si tú también te vas, y me dejáis sin nada, á ver para qué quiero la vida.

DON GUILLERMO

¡Pepita!

MADAME PEPITA

Tú dirás: ¡A mí qué!

DON GUILLERMO

No, no, perdóname. Tienes razón: todos los hombres somos egoístas, pero no tanto. Si he pensado en dejarte, es porque no sabía. Tú estás sola en el mundo, pero yo también, y ese amor que me ofreces, y que yo no esperaba, es mucho más de lo que merezco.

MADAME PEPITA

¡Eso, no!

DON GUILLERMO

Mucho más. Tú no sabes lo que vale un corazón leal que se lleva al lado. La vejez que ya llega es camino muy malo de andar. Loco ha de ser el hombre que rechace la mano generosa que una mujer le tiende.

MADAME PEPITA

Con timidez.

Es decir...

DON GUILLERMO

Queriendo dominar su emoción.

Es decir, que si quieres iremos juntos hasta el fin de la vida... pasando por Egipto.

MADAME PEPITA

¡Guillermo!

Se abrazan estrechamente.

Cuando están abrazados entra CATALINA. Viene sofocada y ruborosa, arreglándose el peinado un poco descompuesto.

Trae en la cara el remordimiento pueril del primer beso; pero al ver á su madre abrazando á DON GUILLERMO, abre mucho los ojos y luego sonríe.

CATALINA

¡Ah! ¿También las personas mayores se abrazan?
¡Entonces, no importa!

Pasa deprisa, mientras cae el telón.

FIN DE LA COMEDIA

7101-a
1006
1007

OBRAS DRAMATICAS

DE

G. MARTÍNEZ SIERRA

VIDA Y DULZURA.—Comedia en tres actos. En colaboración con Santiago Rusiñol. (Teatro de la Comedia).

LA SOMBRA DEL PADRE.—Comedia en dos actos. (Teatro Lara).

HECHIZO DE AMOR.—Comedia de polichinelas en un acto y dos cuadros. (Teatro Cervantes).

EL AMA DE LA CASA.—Comedia en dos actos. (Teatro Lara).

CANCIÓN DE CUNA.—Comedia en dos actos. (Teatro Lara).

PRIMAVERA EN OTOÑO.—Comedia en tres actos. (Teatro de la Princesa).

EL PALACIO TRISTE.—Cuento fantástico en un acto. (Teatro de la Princesa).

LA SUERTE DE ISABELITA.—Zarzuela en un acto y cinco cuadros, música de Giménez y Calleja (Teatro de Apolo).

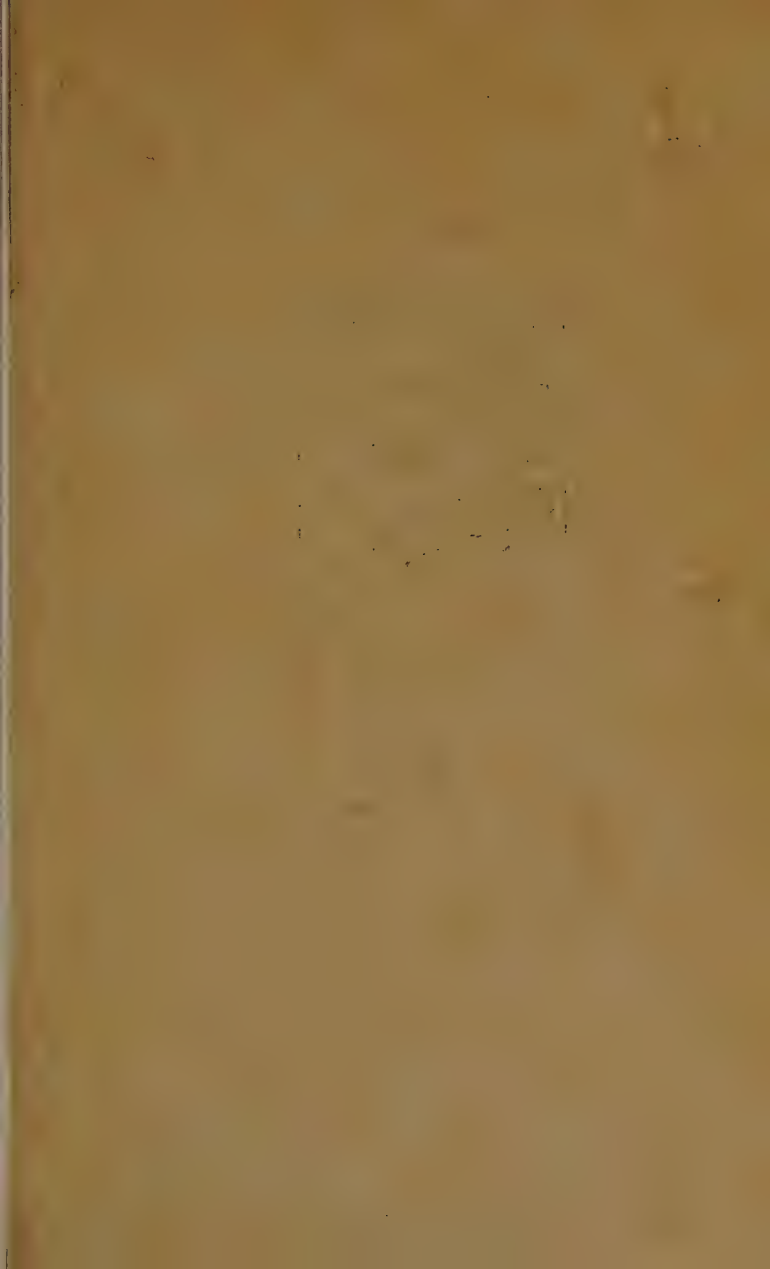
LIRIO ENTRE ESPINAS.—Comedia en un acto. (Teatro de Apolo).

LA FAMILIA REAL.—Zarzuela en dos actos y cinco cuadros, música de los maestros Giménez y Calleja (Teatro de Apolo).

EL POBRECITO JUAN —Comedia en un acto. (Teatro Lara).

TRADUCCIONES Y ARREGLOS

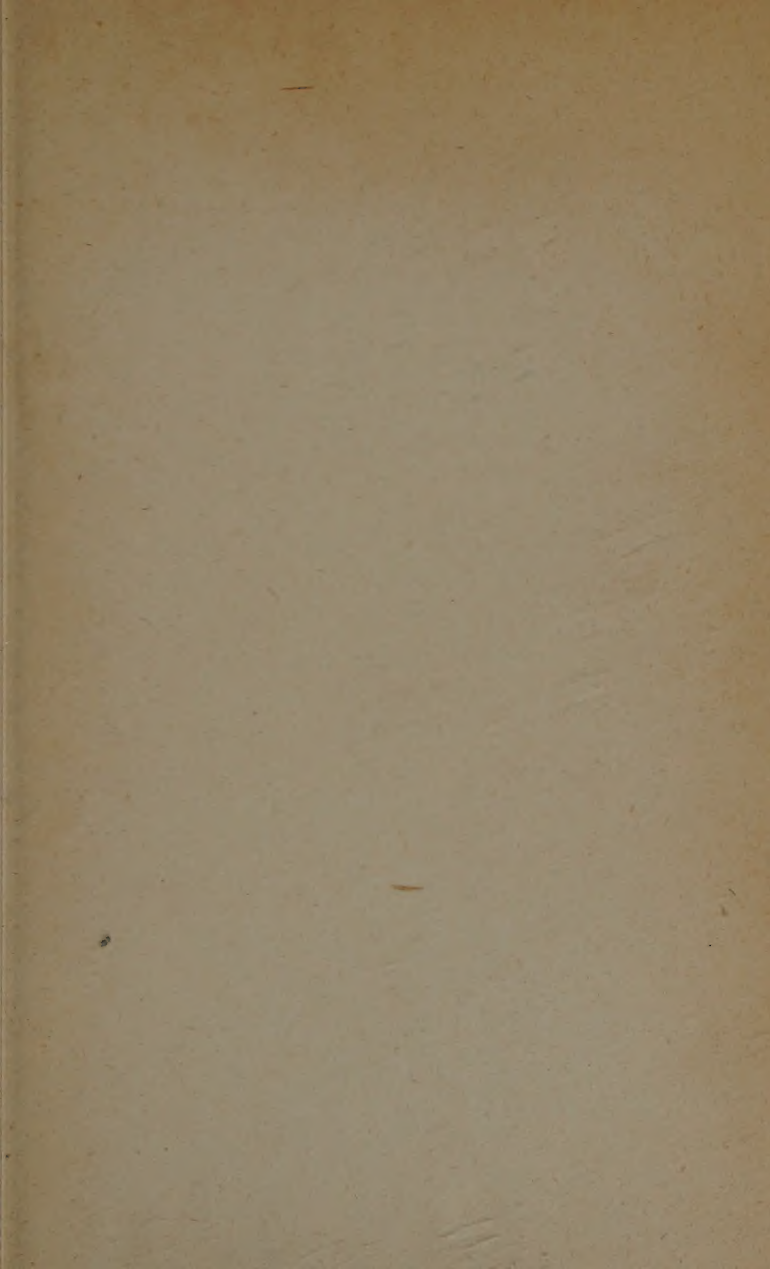
- EL ENFERMO CRÓNICO.—Comedia en un acto de Santiago Rusiñol. (Teatro Lara).
- BUENA GENTE —Comedia en cuatro actos de S. Rusiñol. (Teatro de la Comedia).
- LA MENTIRA PIADOSA.—Comedia en tres actos de Francis de Croisset. (Teatro de la Comedia).
- LOS ABEJORROS.—Comedia en tres actos de Brieux. (Teatro de la Comedia).
- TRIPLEPATTE.—Comedia en cinco actos de Tristan Bernard (Teatro de la Comedia).
- EL ARREGLO DE LA CASA.—Comedia en un acto de G. Courteline. (Teatro de la Comedia).
- LA MADRE.—Comedia en cuatro actos de S. Rusiñol. (Teatro de la Princesa).
- EL HERMANO.—Comedia en un acto de A. Daudet. (Teatro Príncipe Alfonso).
- CIGARRAS Y HORMIGAS.—Poema en un acto de S. Rusiñol. (Teatro Príncipe Alfonso).
- LA SUERTE DEL MARIDO.—Comedia en un acto de Flers y Caillavet. (Teatro de la Comedia).
- ALIVIO DE LUTO.—Comedia en un acto de S. Rusiñol. (Teatro Lara).
- EL REDENTOR.—Comedia en tres actos de S. Rusiñol. (Teatro Español).
- EL INDIANO.—Comedia en tres actos de S. Rusiñol. (Teatro Español).

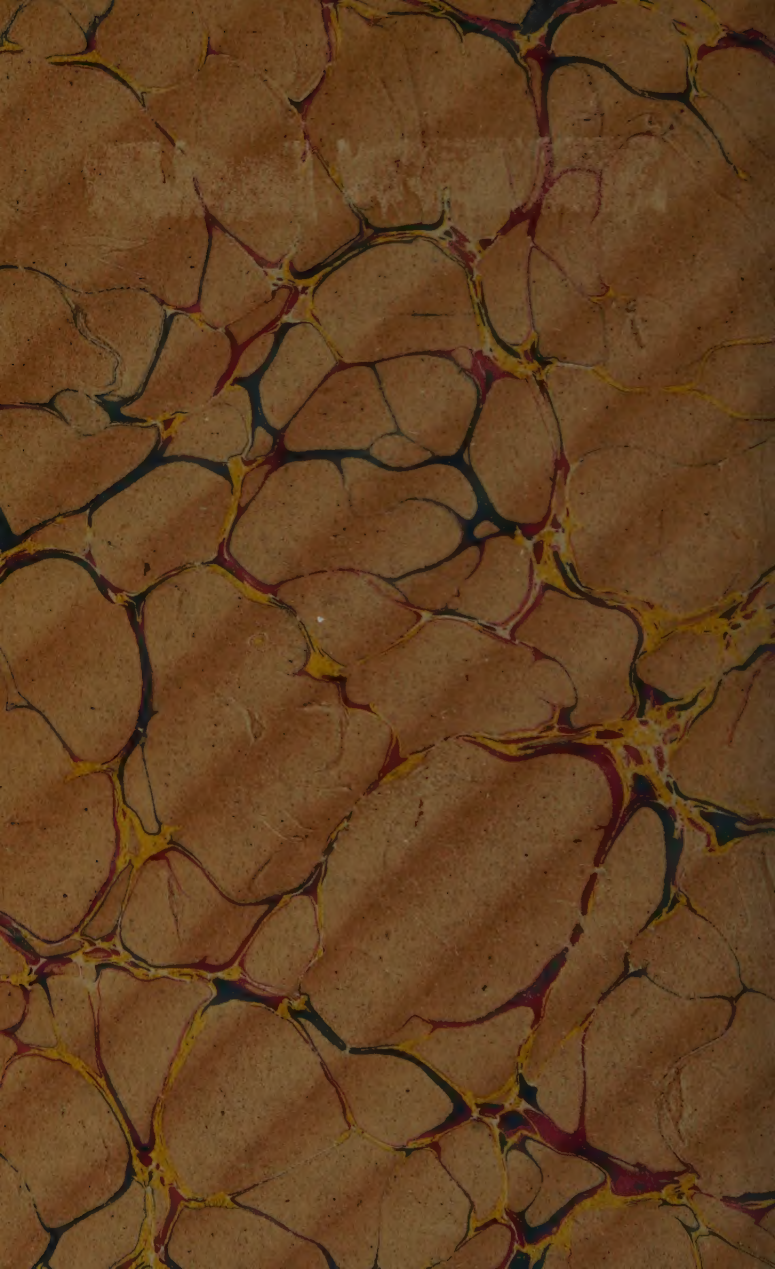




3,50
PESETAS

POVED
MADRI





862.59

M37M

862.59 M37M



a39001 008138821b

1.9435

